

C. Bijl

**Tan ricos como
JOB**



SEFER®

SEFER

*Apartado de correos 96.018
08080 Barcelona (España)*

Primera edición en español: 1997

*ISBN: 84-85030-05-2
Dep. Legal: B.8.435 - 1998.*

*Diseño cubierta y composición textos:
M. C. Ministerios Creativos
Apartado 23022 - 08080 Barcelona*

*Impreso por Romanyà/Valls, S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)
Printed in Spain*

Índice

I.	Introducción	7
II.	La carta de recomendación de Job en la disputa entre Dios y Satán	9
III.	La carta de recomendación de Job, puesta a prueba desde el principio	21
IV.	La carta de recomendación de Job, a discusión de nuevo	31
V.	La prueba se endurece	39
VI.	Job y la llegada de sus amigos	47
VII.	Elifaz y Job	61
VIII.	Job y su apelación al redentor	75
IX.	La búsqueda de la sabiduría	85
X.	El mensaje de Eliú	97
XI.	Respuesta del Señor y reacción de Job	107
XII.	El juicio final de Dios sobre los amigos de Job	119
XIII.	Un final feliz	127

JUSTIFICACIÓN

Este libro quiere ofrecer algo de ayuda a quienes tienen un difícil camino que recorrer y al mismo tiempo se hacen preguntas respecto a las intenciones de Dios.

No voy a escribir acerca de lo que me ha sucedido a mí. Comparado con lo que les ha sucedido a otros no significa mucho. Es por esa razón que no me puedo fijar en mi propia experiencia. Sin embargo, quiero decir algo en torno a este tema porque en la Biblia el propio Dios se refiere a todo tipo de cuestiones en cuanto a sus propósitos con el sufrimiento.

En ningún lugar lo hace tan extensamente como en el libro de Job. Por esa razón quiero investigar lo que este libro tiene que decirnos.

La presente explicación de la historia de Job se limitará a sus aspectos principales. Parto de la suposición de que el lector —por la razón que fuere— prefiera una explicación sencilla y concisa.

He intentado, también, mantener la explicación tan práctica como ha sido posible. Por ello, las cuestiones exegéticas se han evitado por completo. Este opúsculo ha surgido de los sermones que prediqué sobre este libro de la Biblia.

Zwolle, otoño de 1986

C. Bijl

I.

Introducción

¿De qué se trata?

El libro de Job incide sobre un tema difícil.

Había un hombre que amaba a Dios con todo su corazón. Le tenía en cuenta para todo. Y Dios, a su vez, le dio gran prosperidad. Si la historia acabara aquí no habría ningún problema.

Pero, de repente, se vio hundido en la más profunda miseria. Él vio la mano de Dios en aquello, y aunque se sintió profundamente conmovido, aquella convicción le dio, al principio, una gran paz y seguridad. Incluso llegó a alabar a Dios.

Sin embargo, debido a la dirección que Dios le daba a su vida, se sintió cada vez más perturbado. Se entristeció e incluso se sintió amargado, pues era como si tanteara en la oscuridad para hallar

por qué Dios había cambiado sus planes de una manera tan repentina y radical.

De igual manera, en la vida de muchos creyentes sinceros como Job se suscitan diversas preguntas sobre la soberanía de Dios. ¿Por qué carga de súbito a algunos creyentes con una pesada cruz? ¿Por qué la desgracia también golpea a personas que más bien esperaban de Dios el bienestar? El libro de Job trata sobre personas así. El hecho de que Job haga todas esas preguntas sin ninguna reserva es de suma importancia.

Pero lo más importante es que todas sus preguntas recibieron, finalmente, una respuesta que le dejó totalmente convencido. Esto no significa que lo entendiera todo en aquel momento. Sus preguntas no tuvieron una respuesta que satisficiera, a la vez, su intelecto y su sentimiento. El libro de Job no proporciona la clave para descubrir el secreto de todo nuestro sufrimiento.

Y, sin embargo, junto con Job recibimos una respuesta consoladora que nos da ánimo y una perspectiva que nos permite seguir adelante. Intentaré ser más explícito.

II.

La carta de recomendación de Job en la disputa entre Dios y Satán.

(Job 1:1-12)

Job existió

Hay quien sugiere que Job fue solamente una figura mítica de una leyenda popular. La Biblia, sin embargo, no da la más mínima razón para pensar así. Ezequiel 14 lo menciona junto con otros hombres que existieron, como Noé y Daniel. Santiago 5 explica lo que esta figura significaba para los cristianos sometidos a abusos en aquel tiempo. Por ello, debe haber existido realmente. Las historias ficticias con un final feliz no significarían nada para aquellos creyentes. Por eso afirmo que todo sucedió realmente.

¿Dónde y cuándo vivió Job?-

En algunos aspectos, un manto de misterio envuelve a este hombre. Vivió en el país de Uz. Por consiguiente, no vivió en Canaán. Pero en ningún atlas podemos localizar este país con certeza. Unos indican las tierras al otro lado del Jordán; otros, Edom. Probablemente, Job vivió cerca de una ciudad en la que tenía una posición influyente, 29:7.

Nada puede decirse con seguridad acerca de la época en que vivió. No hay indicios. La mejor suposición puede ser que Job viviera en alguno de los siglos en que Israel estuvo en Egipto. Uno de los amigos de Job, Bildad suhita, probablemente descendía de Súa, un hijo de Abraham y Ceturá, Gn. 25:2. Y hay razón para suponer que Esaú fue antepasado de Elifaz temanita, Gn. 36:10. Esto nos lleva a una época no mucho después de los patriarcas, aunque sin una absoluta certeza.

No obstante, estas incertidumbres no constituyen un obstáculo para comprender el significado de este libro. Creemos que "Las Sagradas Escrituras contienen plenamente la voluntad de Dios, y todo lo que el hombre debe creer para salvación está suficientemente enseñado en ellas", art. 7, *Confessio Belgica*.

Es por eso que contiene importantes nuevas que son lo suficiente para enseñarle al desorientado

hombre de nuestro tiempo lo que debe creer para ser salvo en medio de la crisis.

Rico y, sin embargo, piadoso

Job era piadoso y sincero. Temía a Dios y evitaba el mal. ¡Un testimonio brillante! Es semejante a una carta de recomendación del consejo de una iglesia que, con alegría, hace la descripción de un miembro que va a marchar de la congregación.

Job era muy rico. Poseía enormes rebaños de ganado; pero no había entregado su corazón a sus posesiones. Sin duda, las disfrutaba con gratitud, pero su mayor riqueza era la relación que tenía con Dios. Por eso se le llamaba *piadoso*. Esta palabra tiene un amplio significado, e indica que era una persona honrada, con un carácter sin tacha y un cálido amor al Dios de quien esperaba todo lo que necesitaba. Job realizaba negocios en gran escala con ganado y lana. Compraba y vendía. Hay quien dice que no se puede ser comerciante y honrado, pero Job era un hombre *recto*. La gente confiaba en él. Los ricos fácilmente pueden sentirse independientes y asumir por ello una actitud autoritaria. Job no era así. Él estaba dominado por *el respeto al SEÑOR y era temeroso de Dios*. Nunca se vio envuelto en acciones deshonorosas porque *huía del mal*.

El autor del libro de Job puso este notable testimonio en un lugar prominente: en el primer versículo. Se podría decir que lo clavó en la puerta de entrada del libro.

¿Por qué lo hizo así? Porque el libro había de tratar de ese tema, y, especialmente, de la cuestión del valor real de esta carta de recomendación. En tiempos de gran prosperidad sería válida. Pero —y ahora me introduzco en esta historia— ¿cómo quedaría en tiempos malos? Job era piadoso, pero también era muy rico.

Era temeroso de Dios. Pero también había sido bendecido por el Señor de modo maravilloso. Por tanto, ¿qué sería de su fe si Dios pusiera fin repentinamente a su privilegiada posición?

Esta es una de las preguntas más importantes de nuestro tiempo. Mientras la prosperidad dura es fácil descansar en la dirección de Dios. Pero, ¿somos también capaces de ponernos en las manos de un Padre celestial que, de súbito, sacude nuestra vida hasta sus mismos fundamentos? ¿Qué queda de nuestra fe en Él cuando acaba drásticamente con nuestra alegría?

¿Hasta qué punto resistiría la tan alabada piedad de Job?

Pero, primero, hablemos más de él.

Job, el padre.

El padre está al frente de su familia. Así se supone que ha de ser. Esa es una parte de su tarea como *rey*. Es responsable de gobernar correctamente a su familia.

Su tarea *profética* le será más difícil. Por desgracia, hay padres que nunca o casi nunca hablan a sus hijos acerca del SEÑOR. A la hora de comer, algunos leen la Biblia regularmente, sin hablar nunca de lo que han leído. Pero ¿se percatan todos los padres p̄nan>ôte de que también son *sacerdotes*? Esto incluye que también se han de interesar por el contacto personal de sus hijos con Dios. Se han de interesar en esto más que en las notas del colegio o en cualquier otra actividad. En este sentido, leemos algo hermoso acerca de Job. Sus siete hijos hacían fiestas; posiblemente las fiestas de la cosecha o con ocasión del trasquilado de las ovejas. Los jóvenes se reunían con gran alborozo. El texto nos habla de fiestas, de comida y de bebida. Las relaciones en el seno de aquella familia debían ser muy buenas, pues cada hijo recibía a sus familiares en su casa por turnos. Las tres hermanas también asistían. Todo indica que había una atmósfera agradable.

Pero luego todo seguía su curso. Después de la fiesta, los hijos e hijas de Job tenían que ir a ver

a su padre. Éste les mandaba hacer ciertas preparaciones (los santificaba) y al día siguiente se levantaba temprano. A continuación, ofrecía un holocausto por cada uno de ellos. Se trataba de un sacrificio que se quemaba completamente, e ilustra lo que más tarde le sucedería al Señor Jesucristo en el Calvario. En la forma propia del Antiguo Testamento, Job suplicaba la expiación de los pecados de sus hijos, a cuenta del futuro sacrificio de Cristo.

¿Se había desmadrado la fiesta? ¿Se habían emborrachado? La Biblia no dice eso, pero Job pensaba que *quizás* sus hijos habían pecado y maldecido a Dios en sus corazones.

¿Acaso este padre desconfiaba de sus hijos? ¿Era un aguafiestas por culpa de esa desconfianza? No debemos hacer semejantes preguntas porque la Biblia alaba a Job por ello.

Sus precauciones deben ser un ejemplo a jóvenes y ancianos. A veces, los padres no pueden soportar que se hable mal de sus hijos. ¿Acaso no se portan bien? Y tenemos que confiar en nuestros hijos, ¿no?

¿Qué es lo que hacía Job? Él comprendía lo difícil que era para unos jóvenes alegres hacer una fiesta realmente divertida y pasarlo bien juntos, tomando al mismo tiempo los mandamientos de Dios seriamente. No se quejaba de la juventud de su tiempo ni gruñía por sus diversiones. No intentaba diri-

gir sus vidas. Pero tampoco se fue al otro extremo desentendiéndose del todo de ellos.

Es por eso que los llevaba al altar después de sus fiestas. Podríamos decir que los ponía a los pies de la cruz de Cristo. Aquella víctima que se quemaba en el altar les enseñaba de manera fehaciente que su alegre diversión nunca debería perturbar su relación con Dios. Por ello, este padre hacía la ofrenda por ellos antes de que se levantara alguna queja. Este hecho debió impresionar profundamente a los jóvenes. Job enseñaba así a sus hijos a no olvidar al SEÑOR, ni siquiera durante sus diversiones.

Cómo juzgaba el SEÑOR a Job.

La carta de recomendación de Job incluía algo más que un juicio humano. La gente puede equivocarse y tener una opinión demasiado alta de la piedad de otras personas. Pero en este caso fue Dios mismo quien dijo aquello de Job, y aún más: 'en toda la tierra no hay hombre más piadoso que Job'.

Esto ocurrió en una reunión celebrada en el cielo. Satanás también asistió junto con los ángeles. Venía de merodear por la tierra.

Apocalipsis 12 le llama: "el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche." No hace falta decir qué es lo

que quería hacer en el cielo. En su última gira por el mundo había visto creyentes que caían por todas partes, lo cual era suficiente para levantar una montaña de acusaciones. *La fe y la moral cristiana no significaban nada para él.*

En realidad, esa era la cuestión de fondo. El SEÑOR mismo suscitó este tema preguntando con gran énfasis: "¿No has considerado a mi siervo Job...?" y antes de que Satanás pudiera responder, añadió: "que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?".

Es sorprendente escuchar esas palabras de alabanza de la propia boca de Dios. Job no era perfecto. Incluso nuestras mejores obras en esta vida son imperfectas y están manchadas por el pecado. Sin embargo, el SEÑOR habló muy favorablemente de su piedad, y lo dijo directamente a la cara de Satanás, como si la piedad de Job fuera invulnerable. No obstante, hay que tener en cuenta una cosa: el SEÑOR no se jactaba por causa de Job. No dirigió la atención de Satanás hacia un hombre. La vida de fe de Job era obra de Dios. Por eso Dios le llamaba *mi siervo Job*. También él tenía solamente el principio de la obediencia. Pero ese principio era obra del Espíritu Santo. Y por eso es evidente que no era ficticio. ¡Mejor le sería a Satán no afirmar eso!

¿Era también Job un hipócrita?

Todo demuestra que Satanás conocía a Job muy bien. Sin duda, le había observado cuidadosamente en su última gira por el mundo, aunque no había podido hallar nada sospechoso. Con su silencio estaba admitiendo que Job era impoluto. No obstante, se encendió de rabia por el juicio favorable de Dios. Dijo que el SEÑOR no juzgaba bien, en absoluto, el valor de la piedad de Job, porque "¿acaso teme Job a Dios de balde?", 1:9.

Pensaba el diablo que podría demostrar que Job era un vulgar egoísta y por ello afirmó que su piedad se debía al puro interés y a nada más. Dios había mimado a aquel hombre dándole una familia feliz, gran riqueza y muchos honores. Todos sus deseos se habían realizado. Pero si Dios podaba el frondoso árbol de su felicidad, su amor al Señor se desvanecería.

Por consiguiente, Satanás predecía el siguiente esquema: en cuanto la riqueza desapareciera, también desaparecería la fe de Job. Lo que Dios pretendía que era piedad no era otra cosa que interés.

Había muchísimo en juego. Si Satanás tenía razón, entonces se estaría pronunciando un doloroso juicio sobre las cartas de recomendación de todos los creyentes; pues no hay que olvidar que Dios mismo había dicho: no hay otro como él en

la tierra, varón perfecto y recto. Supongamos que este santo varón estuviera motivado por el egoísmo; entonces toda su piedad se revelaría como falsa y no sería más que santurronería. El resultado sería que su vida cristiana estaría fundada en el egoísmo.

La conversión y el arrepentimiento no serían sino puro egoísmo disfrazado. ¿La piedad y la sinceridad?—meras formas de interés personal. Esta difamación sería como un tiro por la espalda a la iglesia en cuanto a su predicación, su evangelización y su misión. La verdadera piedad sería una ficción. Lo que leemos acerca de Abraham y Moisés, Pablo y Pedro, no significaría nada. Es como si todos los creyentes quisieran sacar algún provecho, y ese fuera su único motivo. La consecuencia final de esta burla sería condenar al fracaso el progreso de la obra de Cristo. Sería como si siempre atrajera a personas motivadas por el interés propio.

Esta cuestión toca de pleno el corazón de este libro de la Biblia: ¿pueden los creyentes amar al SEÑOR sinceramente, incluso en épocas de gran adversidad?

Dios confía en la fe de Job

El SEÑOR tomó en serio la acusación de Satanás. Podría haber dicho: '¡Vete, Satanás, mientes!'

Ahí se habría terminado el libro de Job. Pero aquella acusación había que examinarla hasta su más mínimo detalle. Por eso se le concedió a Satanás el poder de destruir la forma de vivir de Job.

El SEÑOR conocía la verdad sobre la cuestionada carta de recomendación de Job, y sabía que Satanás se equivocaba. ¿Por qué estaba tan seguro? Porque la fe de Job no era una realización humana, sino obra de Dios mismo. Por esa razón Job sería capaz de resistir todos los ataques de Satanás.

Job seguía viviendo en paz y felicidad. Satanás estaba a punto de golpearle. Se empezaban a formar negros nubarrones. Pero Dios no estaba dispuesto a que *Su obra* fuera destruida.

Esto nos reconforta. ¿Cuál será nuestra reacción cuando el amargo dolor nos embarga? El dolor... cuando desaparece la felicidad que le da valor a la vida. El dolor... cuando nuestros más preciados deseos no se pueden cumplir, o cuando nuestras esperanzas quedan deshechas. ¿Hay alguna certeza de que podremos superarlo por la fe?

En la parábola del sembrador, Jesús habla de personas cuya creencia es tan superficial que es arrasada por la primera tempestad. Pero, ¿cuáles son nuestras perspectivas si, a pesar de nuestros fallos, confiamos en el SEÑOR? ¿Podemos amarle cuando retiene o nos priva de las cosas buenas?

Por eso queremos analizar lo que le sucedió a Job. Él sobrevivió, y esto nos puede reconfortar. Pero, ¿por qué? Porque nosotros no somos Job, ¿verdad? Así es. Quizá no podemos ni compararnos en paciencia y perseverancia. Sin embargo, lo que nos une con él no es la silenciosa pero incierta esperanza de que somos del mismo barro. Nuestra esperanzada expectativa es que su Dios es nuestro Dios, y Él también nos promete la perseverancia que le dio a Job.

En esta historia no se demuestra lo que Job era capaz de hacer. Esta historia es un gozoso mensaje de Dios en el que promete a todos los que todo lo esperan de Él: 'Te ayudaré hasta el final.' Por eso, lo que viene a continuación es de la máxima importancia para todos nosotros.

III.

La carta de recomendación de Job, puesta a prueba desde el principio.

(Job 1:13-22)

Catástrofes

Satanás recibió permiso para hacer con las propiedades de Job y su familia cuanto quisiera. Si era necesario podía arruinarlo todo. Aquí le podemos conocer en toda su despiadada crueldad. No permite que nada se le cruce en su camino. Docenas de víctimas inocentes murieron en torno a Job. Las mató con todas las armas a su disposición: espadas y puñales, rayos y tempestades. Dos ataques terroristas y dos desastres naturales sacudieron la felicidad de Job. El primer

mensajero llegó con la catastrófica noticia de que los sabeos se habían llevado todo el rebaño de 500 yuntas, o sea, en total 1.000 animales, y los 500 asnos que Job poseía. Los criados que estaban al cuidado de los rebaños habían sido asesinados. Nadie había escapado, excepto el que fue a dar la noticia.

Apenas había terminado cuando otro mensajero llegó con la mala noticia de que una terrible tormenta se había abatido sobre centenares de ovejas y sus pastores. Los espantados animales se habían agrupado al caer los rayos. Se declaró un incendio y tanto los hombres como los animales murieron asfixiados o quemados por el fuego. Sólo había escapado el que llevaba la noticia. A continuación, apareció un tercer mensajero con la noticia de que los caldeos habían atacado en tres grupos a los hombres que cuidaban los camellos. Los 3.000 valiosos animales habían desaparecido. Los criados habían caído a filo de espada, a excepción del que venía a explicar lo sucedido.

Aún no había terminado cuando llegó el cuarto mensajero con el horrible mensaje de que los hijos de Job habían quedado sepultados bajo un montón de escombros al derrumbarse la casa del hijo mayor. Una fuerte tormenta del desierto había engullido la casa y el viento la había derribado. El único superviviente era el que venía a explicarlo.

El papel de Satanás

En estos cuatro informes de los desastres faltaba un nombre: el del actor principal, el diablo.

Eran crímenes premeditados. Todo estaba perfectamente organizado. Job recibió las noticias cuando sus hijos e hijas estaban celebrando una fiesta en casa del hijo mayor, el primogénito. No es una mera coincidencia que Satanás diera el golpe en un día de fiesta. El daño aún era mayor.

Además, el momento en que los mensajeros iban apareciendo estaba programado de antemano. Mientras uno estaba dando la noticia, el otro ya iba de camino, y el golpe más fuerte llegó al final. Satanás había preparado un apretado programa.

Tampoco es casual que en cada caso hubiera un solo superviviente de la catástrofe. En el curso de las matanzas, Satanás tuvo buen cuidado de preservar a uno para informar a Job. Y cuando los campos se incendiaron por causa de los rayos, se cuidó de que uno pudiera escapar. Cuando la casa se derrumbó por la tormenta, se encargó de que uno se librara de la muerte.

Pero el propio Satanás no apareció, lo cual era de una astucia refinada. De ese modo, los mensajeros no podían decir nada de él. '¡Fueron los sabeos, Job! ¡Los rayos! ¡Los caldeos! ¡El viento tempestuoso!' Pero en realidad era Satanás que tentaba a Job para que maldijera a Dios.

La primera reacción de Job

Job no sabía nada de lo que se había hablado sobre él entre Dios y Satanás. Por consiguiente, estaba completamente a oscuras de todo lo que estaba pasando.

Tras escuchar todos los informes, se levantó con gran dolor, rasgó la lujosa túnica que llevaba sobre sus otros vestidos, y luego se afeitó la cabeza y la barba. Eran signos de lamento. Su aspecto, en otro tiempo tan distinguido, reflejaba su humillación y su profunda tristeza.

Satanás observaba con atención. Según su predicción, había llegado el momento de que Job maldijera a Dios. Pero, ¿qué es lo que sucedió?

Completamente desorientado, con su túnica destrozada y deshonorosamente afeitado, Job se arrodilló.

Inclinó la parte superior de su cuerpo hasta que la cabeza tocó el suelo. ¡Esa era la posición de adoración!

No se derrumbó sobre el suelo sin control, sino que se dispuso a rendir homenaje a Dios. Era una señal de lo que iba a ocurrir.

A continuación, pronunció sus primeras palabras: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá." Quería decir: Moriré tal como vine a este mundo, sin ninguna posesión, desnudo. El SEÑOR me dio todo lo que tenía, y a Él le corresponde quitármelo.

Ni siquiera mencionó a los sabeos o a los caldeos. No se quejó de la violencia de la naturaleza, con sus rayos y tormentas. Miró más allá de todo eso. Tampoco mencionó a Satanás, sino que se dirigió directamente a su Dios.

Había cientos de preguntas que no sabía cómo responder. Pero, entre todas esas preguntas, había una cosa cierta: el SEÑOR me lo ha quitado.

Pero, ¿qué es lo que quería decir exactamente con esa afirmación? Pues, hasta ahí, incluso Satanás se podía sentir satisfecho. Su más acariciado deseo era oír que Job echaba la culpa a Dios por todas sus desgracias, pues parte de su propósito era dar a Job la impresión de que quien había destruido su felicidad en esta vida no era otro sino Dios, 1:11; 2:5.

En ese sentido había tenido completo éxito, pues Job dijo que la mano del Señor estaba en todos aquellos desastres.

Entonces llegó el momento decisivo. Según Satanás, Job debería haber dicho a continuación: 'y por eso maldigo a Dios.' Pero, en su lugar, Job dijo: "sea el nombre del SEÑOR bendito." Rindió homenaje a Dios, como su cuerpo inclinado daba a entender.

Esta alabanza a Dios le da a su anterior afirmación el enfoque adecuado: el SEÑOR ha quitado. Esa era su opinión. La dolorosa pérdida que

acababa de padecer provenía de la mano de Dios. Pero ello no era una fría conclusión del hecho de que Dios lo ordena todo, y por eso también era responsable de aquellos desastres. No, indudablemente no echaba la culpa a Dios.

Entonces, ¿qué era? ¿Por qué afirmaba tan enfáticamente que el SEÑOR se lo había quitado todo? Era porque Job hablaba desde la profunda convicción de que sus propiedades eran un *don* de Dios. Él no tenía ningún derecho. Ni siquiera después de haberlos recibido. Reconocía que el SEÑOR tenía pleno derecho a retraer lo que antes había dado.

Con frecuencia cometemos esa equivocación. De hecho, lo que le decimos a Dios es que no tiene derecho a quitarnos algo que nos había dado, *sin darnos una explicación*. Es difícil aceptar, por ejemplo, que se nos haya llevado al amado esposo o esposa o hijo. No entendemos por qué ha puesto fin a nuestra buena salud, cuando todo iba tan bien. ¿Por qué un cambio tan cruel? Pensamos: lo que Él nos ha dado lo podemos conservar. Pero eso no se encuentra en ningún lugar de la Biblia. Dios no nos garantiza una prosperidad ilimitada. A nadie le da esa seguridad. Lo que *sí* que hace es dar otra clase de seguridad, a saber: cuando hace una promesa, ésta permanece. Pero no podemos reclamar lo que *no* se nos ha prometido. Ni siquiera después de haberlo recibido.

El SEÑOR tiene el derecho de darnos cosas que no nos ha prometido. Esto lo hace con frecuencia de una manera abundante. También nos puede dar una vida feliz. A Job también se le concedió disfrutar de una buena salud. Tenía una familia feliz. Podía hacer todo lo que quería, y poseía lo que su corazón deseaba. No se encuentran todos los días personas así. Pero el Señor no está menos legitimado a retener esa prosperidad... o a retirarla después de que la hayamos disfrutado algunos años.

Al dar y al quitar, el Señor demuestra que siempre tiene y mantiene un poder absoluto para disponer de nuestras posesiones.

Job tenía muy en cuenta que toda su riqueza era un don de Dios; y el SEÑOR tenía todo el derecho a quitársela. Esto causó una amarga tristeza. Como es natural, Job no dio gracias a Dios por la repentina pérdida de sus hijos. El SEÑOR no pedía eso. Hay que hacer una clara distinción aquí. No dio gracias a Dios por su desgracia, pero alabó Su nombre. ¿Cómo se las arregló? Porque creía que Dios podía hacer con sus propiedades lo que gustara. Y porque es justo en todo lo que hace.

Comentario bíblico sobre la declaración de Job

En todo esto no pecó Job, 1:22.

Él no podía dar ninguna explicación de su do-

loroso sufrimiento, pero no dijo que no tenía sentido o que fuera absurdo. No hizo lo que muchos hacen en nuestros días. Estos creen que es un contrasentido y un estorbo que, por un lado, Dios sea responsable de los desastres, y, por otro, que Él esté junto a la víctima. No es posible que Dios destruya a alguien y al mismo tiempo le ayude. Dicen que las desgracias no pueden venir de Dios, y que, además, Él tampoco las puede evitar; impotente, está junto a las víctimas y comparte su dolor.

Pero la Biblia alaba a Job por reconocer que su sufrimiento provenía de Dios, y al mismo tiempo alabarle. Por lo visto, eso es posible. El valor de la alabanza incluso aumenta cuando, en medio de muchos enigmas, expresa una confianza inquebrantable en el SEÑOR.

Aquí se nos enseña a seguir viviendo a pesar de nuestras angustiosas preguntas, y en particular se nos enseña de qué manera el Señor quiere que las asimilemos. En nuestra vida, y en la de otros, pueden suceder muchas cosas que no sabemos cómo reconciliar con la bondad de Dios.

Una enfermedad o un accidente que puso un cruel final a la vida de un marido o de una esposa, o que los dejó completamente cambiados, es algo que no podemos reconciliar con el *amor* de Dios.

Cuando los ladrones, los violadores o los terroristas quedan sin castigar, esto no podemos reconciliarlo con Su *justicia*. ¿Por qué no interviene Dios?

Quien juzga las decisiones de Dios de acuerdo con sus propias normas quedará confundido, decepcionado e incluso se enfurecerá. Y al final, maldecirá a ese Dios. Es mejor que imitemos a Job. Él alabó al Señor desde los escombros, aunque no podía explicarse nada.

De ese modo demostró que confiaba plenamente en las decisiones de su Padre celestial. Dios está a nuestro lado incluso en las circunstancias más dolorosas. Y eso es así porque una vez Él abandonó a Su propio Hijo para que nosotros *nunca* fuéramos abandonados por Él. El Señor puede exigirnos mucho, pero nunca abandonará a quien se dirige a Él en oración. Él nos escucha cuando gemimos. Entiende completamente nuestro dolor. Él sabe y hace lo que es bueno, y, por ello, debe ser alabado. Aquel hombre, cuya alma estaba en la angustia, nos da ejemplo de cómo alabar a Dios incluso en medio del dolor.

“Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío.” (Sal. 42:11).

Sí, alabanza, porque Él está a mi lado y me ayuda hasta el final.

Mientras Job alababa a Dios, no pecaba. Esa es la actitud que el SEÑOR aprueba en todas las circunstancias y sobre la cual expresará su alegría, incluso ante Satanás.

IV.

La carta de recomendación de Job, a discusión de nuevo.

(Job 2:1-6)

El gozo de Dios por causa de Job no disminuye

Mientras un Job muy puesto a prueba en la tierra aún alababa a Dios, el SEÑOR volvió a convocar a sus ángeles en el cielo. Satanás también volvió a presentarse. El caso de Job volvió a suscitarse por segunda vez. Pero muchas cosas habían sucedido. Satanás había removido el infierno y la tierra para inducir a Job a que maldijera a Dios. Pero había fracasado.

Una vez más, reapareció en la sala del trono celestial, donde el SEÑOR abrió la audiencia con

la misma pregunta que la vez anterior. "¿De dónde vienes?" Pero la pregunta: *de dónde*, es más apremiante. Quiere decir: ¿de dónde vienes *ahora*? Se percibe una tensión en ella.

La respuesta de Satanás dio la impresión de normalidad: "De rodear la tierra y de andar por ella." Pero el Señor hizo otra pregunta: "¿No has considerado a mi siervo Job?" Y antes de que pudiera contestar, el SEÑOR pronunció literalmente el mismo testimonio de alabanza acerca de Job: nadie es tan piadoso como él.

Y, sin embargo, había una importante diferencia. Era el momento. La vez anterior se trataba de un hombre que no conocía la desgracia. Inconscientemente, podemos pensar que entonces las cosas se le habían puesto muy bien para ser un verdadero creyente. Satanás tenía cierta razón al decir eso, ¿no es así? No es difícil ser agradecido desde la prosperidad, ¿verdad? ¿No es mucho más difícil tener paciencia en la adversidad? Sin embargo, no se nos permite menospreciar la primera carta de recomendación de Job. En aquel momento, su piedad también era un milagro de la gracia de Dios. Jesús dijo: "¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!", Mr. 10:23, 27. Pero Job era inmensamente rico y, a pesar de ello, era piadoso. Tenía gran influencia y, sin embargo, era temeroso de Dios.

El SEÑOR le había manifestado a Satanás su satisfacción por ello. Dios no sólo le da importancia a nuestra fe cuando estamos en dificultades; también considera de igual importancia que mostremos nuestra gratitud en tiempos de prosperidad.

Entretanto, muchas cosas habían cambiado en la vida de Job. Había pasado de ser el hombre de más éxito del país, al más desgraciado. ¿Quién había sido jamás 'tan pobre como Job'? Pero lo más terrible era que no tenía ningún indicio del motivo por el cual la mano del Señor le castigaba.

El Señor mismo reprendió a Satanás por incitarle a arruinar a Job *sin causa*. Satanás no tenía razones legales para arruinar a Job. Es por eso que esta segunda carta de recomendación tiene más valor. Notamos cómo resuena el gozo de Dios al decirle a Satanás que no había que cambiar ni una sola letra, pues había "guardado la fe".

Aquí tocamos algo importante. El juicio positivo de Dios sobre la forma en que Job asimilaba su sufrimiento debe tener un profundo significado para nosotros. ¿No es maravilloso para un cristiano que está en aflicción saber que Dios aprueba su conducta? Su futuro eterno también depende de ese juicio de Dios. Pero en muchos libros que hablan del sufrimiento se olvida esta apreciación divina, y eso sucede porque mucha gente no se puede imaginar que Dios se complace en los creyentes que

le alaban a pesar de sus miserias. El hombre que sufre está expuesto a la vista de todos: ¿cómo puede aceptar la miseria? ¿Y qué ha de pensar de Dios? Hay personas que intentan hallar una explicación aceptable para la actitud de Dios hacia las víctimas de este mundo. Pero no pueden ir mucho más allá. En realidad, esta es una cuestión secundaria. Lo que de verdad importa no es lo que nosotros decimos de Dios, sino de qué manera Él nos juzga, y cómo hablamos de Él en nuestra angustia. Así que la cuestión decisiva no es *nuestro* juicio sobre Él, sino *Su* juicio sobre nosotros. ¿Qué piensa Dios de nosotros y de la forma en que nos comportamos en el tiempo de la adversidad?

Intensificación del ataque

Satanás había perdido la apuesta por completo. Pero no lo quería admitir en absoluto. Sus antiguos colegas, los ángeles, se inclinaban en santo temor ante el trono de Dios. Delante de ellos, Satanás aún se atrevía a tratar la carta de recomendación de Dios como algo completamente sin valor.

Entonces dijo: "piel por piel." No sabemos exactamente lo que quería decir este antiguo dicho, pero la intención es clara. La catástrofe todavía no había tocado la piel de Job. Hasta ese momento, él

no había sufrido ni un rasguño. En medio de toda su miseria, aún podía disfrutar de buena salud. Por eso todavía valía la pena alabar a Dios.

Pero todo eso acabaría tan pronto como su vida estuviera en peligro: "todo lo que el hombre tiene dará por su vida" 2:4. Satanás desafió a Dios para que tocara el cuerpo de Job hasta los huesos. *Entonces* maldeciría a Dios. Y entonces quedaría demostrado que el interés propio de Job no había desaparecido y sería lo que al final prevalecería. La pretensión de Satanás contenía en sí misma un grano de verdad, pues hay mucha gente que quiere comprender los propósitos de Dios al precio que sea. Cuando su felicidad se ve perjudicada, le suplican auxilio. No obstante, ven las cosas cada vez más negras. No comprenden nada y por ello se amargaban y se rebelaban. Por último, rompen las barreras y maldicen a Dios. Satanás afirmaba que también Job pensaba así. Si sufría el dolor en su propio cuerpo, ya nunca más se pondría en manos del SEÑOR.

La completa confianza de Dios en la carta de recomendación de Job

La tensión en el cielo debió aumentar. Nunca se había visto a Satanás juzgar a un creyente de

manera tan tenaz. Y era terrible ver los esfuerzos que hacía para enturbiar el gozo de Dios. A pesar de todo lo que había ocurrido, afirmaba que Dios calculaba mal el valor de la fe de Job.

Había que refutar esta afirmación diabólica. Por eso, el SEÑOR aceptó el reto y Job tuvo que pasar por una prueba más dura. La aparente volubilidad de los caminos de Dios le golpearía como un misterio aún más tenebroso.

¿Sería verdad que este hombre que iba a sentir la mano de Dios hasta sus huesos seguiría confiando en Él y amándolo? ¿No se había colocado Dios en una situación vulnerable? ¿Se había puesto la gran decisión en manos de un hombre falible?

Sin embargo, en esencia, la pregunta se tendría que formular así: ¿Es capaz el Señor Jesús de cambiar a personas con un corazón lleno de odio y desconfianza, de modo que puedan llegar a confiar en Dios, aún cuando éste les prive de muchas cosas? En consecuencia, lo que estaba en juego era el poder salvador del sacrificio de Cristo.

Pero esa era la razón de que el Señor confiara en Job. Y aceptó el desafío diabólico. Dios sabía que Su Hijo conseguiría redimir a aquel hombre. Con este fin, el Espíritu Santo había obrado en Job para darle la fe, y había nacido de nuevo, convirtiéndose en un hombre completamente diferente de lo que era por naturaleza. Por lo tanto, el SEÑOR tenía la más completa confianza en la auten-

ticidad de la fe de Job. Y también del resultado de la prueba que le esperaba. Esto debería animarnos.

El Señor confía en las personas que no pueden sostenerse por sí mismas ni un momento, (Catecismo de Heidelberg, 127). Esa confianza la mantiene en momentos de aflicción y calamidad, pues sabe que resistiremos.

¿Cómo es eso posible?

El secreto está en que el poderoso amor de Dios nos controla, y nosotros nos esforzaremos en no abandonarle. Podemos estar seguros, como Pablo, de que nada ni nadie nos podrá separar jamás del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro, Ro. 8:39.

Nuestra esperanza no está fundada en nuestra propia perseverancia, pues ésta no duraría ni un instante. Nos apoyamos en el amor de Dios. Éste no fallará. Y por eso tampoco fallaremos nosotros.

V.

La prueba se endurece.

(Job 2:7-10)

Job cae enfermo

Con la autorización de Dios, Satanás desencadenó un segundo y duro ataque sobre el hombre más piadoso del mundo e hirió a Job con una sarna maligna "desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza." ¿Era lepra? ¿Quizá viruela? No importa mucho, pero era verdaderamente terrible. Se lamentaba de que su carne estaba "vestida de gusanos y de costras de polvo" 7:5. Su propia mujer y sus hermanos le rechazaban, 19:13 y 17. Su piel se ennegrecía y caía. Sus huesos ardían de fiebre, 30:30. Sus propios amigos ya no le reconocían. En señal de dolor y desesperación se sentó entre las cenizas, solo y abandonado.

La tensión aumentó porque sabía que aquella

terrible enfermedad también venía de Dios. Pero, ¿por qué? No lo sabía. Y *ese* era el aguijón de la tentación. El ser humano está dispuesto a aceptar grandes desgracias si al menos sabe el porqué. Lo que hace que el creyente se rebele no es el sufrimiento en sí, sino la aparente inutilidad e injusticia del mismo. ¿Por qué le ha hecho eso su Padre celestial? ¿Por qué esa enfermedad? ¿Por qué ese accidente? ¿Por qué?

¿Seguirán los creyentes confiando en su Dios si esa pregunta queda sin una respuesta satisfactoria? Según Satanás, no. Incluso Job maldeciría a Dios en ese caso. Entonces quedaría probado, más allá de toda duda, que en todo el mundo no había nadie dispuesto a confiar en la dirección de Dios sin cuestionarla. No existía una creencia verdadera en la forma de fe implícita en el SEÑOR. Más pronto o más tarde, todos abandonan.

La esposa de Job

¿Qué pensaba ella de todo esto? Esta es la única vez que nos la encontramos en esta historia. Ella también tuvo que pasar por una indescriptible angustia. Aunque Satanás dirigió sus ataques contra Job, también arrastró a su esposa a la destrucción. Los hijos muertos de Job también lo eran de ella. Esta madre perdió diez hijos en un día. Añádase

a eso la terrible enfermedad de su marido. Vio como se deterioraba cada día. Al acercarse a él tenía que contener la respiración por sus llagas purulentas.

También ella tuvo que debatirse en el "por qué" y "para qué". Estaba de acuerdo con su marido en que todo aquello provenía de Dios. Pero no quería ni podía aceptar que Dios tuviera derecho a tratarles de aquella manera sin dar alguna razón. Miraba al cuerpo deteriorado de su marido, profundamente conmovida pero también amargada. Job no había proferido ni una palabra de protesta. Consideraba que todo lo que Dios les había hecho estaba bien. Pero ella no. Ella no estaba de acuerdo; no lo podía aceptar. Conocía a su marido y pensaba que él no se merecía aquello. Estaba furiosa con Dios. Entonces cortó el nudo y gritó: "¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios, y muérete." 2:9.

Calvino la llamaba 'furia del infierno'. No sabemos si era una furia cuando hablaba así, pero, sin percatarse de ello, era la portavoz de Satanás. El SEÑOR estaba complacido con la actitud de Job; pero la mujer estaba furiosa. Después de la primera crisis, Dios le había dicho a Satanás: "todavía retiene su integridad" 2:3. Todavía. Pero ella usó las mismas palabras, alterándolas, para expresar un amargo reproche: "¿Aún retienes tu integridad?" ¿Aún?

Ella no intentó meditar sobre la dirección de Dios

o explicarla lógicamente. La aceptó tal como vino y concluyó de manera radical: quien no pueda aceptar esta dirección, debe maldecir a Dios. Al pensar así, emplazaba a Job para tomar una decisión.

¿Dónde estaba Satanás?

Entretanto, Satanás había desaparecido de la escena. Para siempre. Ya no volvemos a oír de él. Pero difícilmente podía desear más poderosos tentadores para Job que su esposa y sus tres amigos. Su esposa incluso utilizó las mismas palabras que Satanás había sugerido a Job por dos veces: maldecir a Dios, 1:11; 2:5,9. Esto no es mera casualidad. Sin saberlo y sin intentarlo, ella era la portavoz de Satanás. Decía exactamente lo que él quería.

El enfrentamiento entre Dios y Satanás aún seguía en pleno apogeo. Incluso llegó a una fase extremadamente crítica. Debido a que la tentación procedía del lugar más insospechado, las cosas se pusieron muy peligrosas para Job. Su querida esposa quería respaldarle. Le compadecía y estaba convencida de su fe en Dios. Le conocía a fondo desde hacía muchos años. Le defendía más que nadie. Por ello, la tentación de hacerle caso era muy grande. Pero si Job hubiera seguido su consejo, se habría perdido para toda la eternidad. Esta era la trampa de Satanás.

Respuesta de Job a su esposa

En su común dolor, Job y su mujer se tuvieron que enfrentar a las mismas preguntas. Pero las respuestas de ellos fueron diametralmente opuestas. Era una situación muy triste, pues en aquel momento se necesitaban más que nunca. Job rechazó la manera en que su mujer se enfrentó a su propio dolor. Su reacción fue abrupta: 'Hablas como cualquiera de las mujeres paganas.' Fue una respuesta dura; no muy agradable.

La llamó pagana, pero no era una expresión grosera usada por un marido irritado que ya no puede aguantar más. Job sabía que la fe de ella estaba pasando por una dura prueba, pero su sugerencia de que maldijera a Dios la consideró una completa necesidad. Y la Escritura dice enfáticamente que Job tenía razón, y que en nada de lo que dijo pecó, 2:10.

Esta es una cuestión importante, pues la Biblia toma muy en serio a las personas fieles que tienen problemas en entender la dirección de Dios. Pero respecto a los que rompen con Dios, dice que, en todos los casos, es una locura. Nunca hay una excusa justificada.

El argumento de Job frente a su mujer era: ¿Siempre hemos de recibir cosas buenas de Dios y nunca nada desagradable? Esta explicación le debía bastar; pero, ¿le fue de ayuda? Su problema resi-

día en que no podía aceptar que la desgracia venía de Dios. Pero Job no trató de explicar esa cuestión. Él mismo no tenía una respuesta.

No obstante, Job le mostró a su esposa el camino adecuado. En aquel momento de máxima confusión en su vida, declaró una sola cosa: Es uno y el mismo Dios el que nos da lo bueno y lo malo. Quería decir con eso que no debían quedar encallados en la desgracia de aquel momento. También debían considerar las bendiciones de tiempos anteriores. Este consejo es un alivio.

Quien intente descifrar los planes de Dios desde una experiencia propia ruinosa, no podrá evitar un juicio negativo. Entonces se ve a Dios como la causa del desastre; la causa de un desastre inútil o incluso absurdo. Pero este método no es justo. Es por eso que Job no quedó con la mirada clavada en la última y negra página de su vida. También ojeó las páginas anteriores del álbum de su enriquecedor matrimonio; y pudo ver las muchas imágenes de su prosperidad. Le hizo ver a su mujer todas aquellas pruebas del amor de Dios. Naturalmente, aquello apenas servía si todas las cosas buenas se valoraban en poco. Una mirada melancólica al ayer no hace volver las cosas. Pero es diferente cuando se cree que el Dios del pasado luminoso es el mismo que el del negro presente. ¡Y Job creía eso!

Su situación había cambiado terriblemente, como la diferencia entre el día y la noche. Pero ayer y hoy su Dios era el mismo. Y así hasta la eternidad. Esto proporcionaba a Job fe para el futuro. Por eso le dijo a su mujer que debían confiar en Dios, incluso en medio de aquel gran dolor.

A veces, tenemos el corazón lleno de dolor. Aflicción por alguien que amábamos. O estamos experimentando una aterradora soledad en un lugar aislado. Quizás nadie nos comprende, ni siquiera quienes esperábamos que lo hicieran. Por ese motivo no podemos avanzar ni un paso en nuestros momentos más tenebrosos. Hay muchos que intentan explicarse si Dios es amor en medio de esas situaciones tan tristes. Pero ese camino es intransitable. Y también prohibido. Así no aprendemos a conocer al SEÑOR.

Entonces es como si cerráramos los ojos a lo que Él nos dio, un pasado de bendición. Job quería usar esa idea para abrir los ojos de su mujer. Y nosotros, igual que ella, tenemos el deber de no reducir nuestro horizonte al turbador presente. El no tener en cuenta las bendiciones de ayer es una ofensa a Dios. Es ingratitud.

Pero supongamos que alguien se queja diciendo que también su pasado estuvo lleno de dolor. No todos han conocido los buenos años de Job. ¿Qué pasa entonces? En ese caso tampoco olvidemos lo

que el Señor hizo por nosotros. Mucho antes de que nacióramos Dios ya había obrado para nuestra salvación. Hablando estrictamente, nuestro pasado no empezó cuando vinimos a este mundo, sino cuando Dios *pensó* en nosotros: cuando hizo Su plan de salvación en el pasado eterno y lo llevó a término en siglos pasados. Los tres años del ministerio de Jesús en la tierra nos muestran, en especial, a Dios en su amor insondable. Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, Ju. 3:16. Esa suprema bendición sigue siendo la prueba irrefutable del amor de Dios por nosotros. Toda la Biblia nos dice lo que Dios hizo por nosotros antes de que nacióramos.

Por desgracia, nos olvidamos muy pronto. Vivimos para hoy, y cuando el desastre nos alcanza, nos encontramos de repente sin explicación sobre los propósitos de Dios. Pero la única forma de entender al Dios eterno es la siguiente: por el evangelio. Dios se revela en el evangelio. En él nos dice lo que hizo y lo que tiene intención de hacer. Ahí encontramos *todo* Su programa. Y es un programa de salvación.

En él aprendemos quién es Dios: rico en misericordia y ternura. Y este Dios es nuestro Dios. Desde las edades pasadas hasta el futuro eterno. Y también hoy.

VI.

Job y la llegada de sus amigos.

(Job 2:11 - 3:26)

Hablar y callar

Hablar es plata y callar es oro.

Durante el encuentro entre Job y sus amigos hubo conversación y hubo silencio. Pero el silencio de los amigos no fue de oro, y el posterior discurso de Job no fue de plata. El silencio fue decepcionante, y el discurso fue aterrador. Sin embargo, el encuentro empezó de una manera prometedora: un abatido Job fue visitado por sus amigos. El motivo principal era animarle y consolarle. ¡Magnífico! ¿No era eso lo que más necesitaba?

Pronto llegó la primera decepción: durante siete días, nadie le dijo ni una palabra. Ante esto, Job reaccionó perdiendo el control y explotando. Se vio entonces claramente que su fe era imperfecta. Esto

puede ser reconfortante. Job era un hombre como nosotros. Esa es una cara de la historia. Pero quien daba la fortaleza era el Dios de Israel. Esa es la otra cara de la historia. Contra el trasfondo oscuro del fallo de Job, la fidelidad de Dios brilló con más fuerza aún. Ese es el oro que reluce en esta historia.

Los amigos vinieron

Como es lógico, las desastrosas noticias sobre Job se extendieron por el país como un voraz incendio. La gente hablaba de él en los mercados y en torno a las hogueras de los beduinos. No era una persona cualquiera sino "varón más grande que todos los orientales" 1, 3.

Cuando sus tres amigos se enteraron de las malas noticias "vinieron cada uno de su lugar". Primero, se pusieron en contacto unos con otros y luego convinieron "en venir juntos para condolerse de él y para consolarle" 2:11. De aquí sacamos la impresión de que vivían lejos unos de otros. La preparación y el viaje debió llevar bastante tiempo. Job hubo de tener mucha paciencia. En la primera conversación con ellos, se quejó de los meses de calamidad, 7:3. Les había estado esperando intensamente.

Por desgracia, la visita de los amigos se convirtió

en un fiasco. Pronto veremos escenas sorprendentes. ¿Era su propósito conseguir ese resultado? No da esa impresión. Al consultar entre ellos antes del viaje, se pusieron de acuerdo sobre el *propósito* de la visita. Querían condolerse de su muy afligido amigo, y ello significa que querían mostrarle su solidaridad. Querían consolarle. Esa era su intención. Por eso fueron a verle. Al fin, Job iba a recibir comprensión y apoyo, ayuda y consolación. Hasta aquel momento nadie se había puesto de su lado. Los cuatro mensajeros que le llevaron la noticia de los desastres habían escapado para darle la información solamente. No habían hecho nada más. Los desastres le fueron comunicados correctamente. Una desgracia total. Pero ni una palabra de consolación. Luego, en quinto lugar, oímos hablar a su esposa recomendándole que maldijera a Dios, pero Job pensó que hablaba como una mujer insensata. Todo ello significaba que tenía que llevar su cruz solo.

Por otra parte, sus allegados también le abandonaron. El propio Job mencionó, como mínimo, cuatro círculos de personas de los que podía haber esperado algo: sus hermanos, sus conocidos, sus amigos y sus parientes, 19:13,14. Pero todos se mantuvieron apartados, con miedo de verse contagiados. No es que pensemos que todos tenían los mismos motivos, y por ello es prudente suponer que no quisieron ir a verle porque no se atrevían o no podían decirle nada sobre la causa de

su sufrimiento. ¿Qué le iban a decir? Se quedarían mudos.

Esta actitud no nos es totalmente desconocida. Hay gente que conocemos como creyentes sinceros que caen en días de desgracia. Queremos consolarles y nos sentimos obligados a decirles algo razonable sobre lo que Dios pretende decirles con esa desgracia. Buscamos el significado de ese suceso aplastante para explicárselo. Aunque no sea más que un balbuceo o una suposición, queremos decirles algo que tenga sentido. Esa es nuestra manera de consolar. Si no podemos hacer algo así, tenemos una sensación de fracaso y de inutilidad. Y entonces preferimos mantenernos apartados. Al parecer, nos es difícil descansar pura y simplemente en la *inescrutable* sabiduría de Dios. Buscamos demasiado descanso en una explicación del sufrimiento que nos deje satisfechos, y muy poco en la convicción de que *Dios sabe por qué obra así*, aunque no nos lo podamos explicar.

Pero ¿quién podía explicarle a Job, a quien Dios llama por dos veces el hombre más piadoso e íntegro de la tierra, 1:8; 2:3, por qué había de experimentar aquel sufrimiento? Al menos, nadie fue a verle. No obstante, por fortuna, aquellos tres amigos fueron una excepción. Fueron a consolarle Elifaz, Bildad y Zofar. La información personal sobre este trío es escasa. Nada podemos decir con certeza sobre su procedencia o etnia. Es posible que fueran pa-

rientes lejanos de Abraham. Lo importante es que, al fin, apareció una ayuda para Job; de amigos verdaderos.

Pero la reunión fue un drama. Al principio, no le reconocieron por lo desfigurado que estaba a causa de las úlceras. Sus sentimientos se desbordaron y rompieron a llorar. Se rasgaron sus vestiduras, echaron polvo al aire y se pusieron tierra en la cabeza. A continuación se sentaron junto a él. Todo aquello fueron gestos apropiados como para solidarizarse con Job. Era su forma sincera de expresar su condolencia. Hasta aquel momento nadie lo había hecho.

El silencio de los amigos

Nadie le dijo nada porque vieron que su sufrimiento era muy grande, 2:13. Esto produce una impresión positiva. El silencio se aprecia como ejemplo de delicadeza. Es de agradecer que no abrumaran a Job de inmediato con palabras de consolación. Tras la impresión del encuentro dejaron pasar mucho tiempo para asimilar la situación. De lo contrario, sus palabras no habrían parecido sinceras. Hay personas que apenas se esfuerzan por comprender la situación que otro está atravesando. Pero siempre están a punto para soltar un chorro de palabras. Los que han pasado por esta situación

es posible que digan: 'tenían buena intención, pero no entienden nada. Lo tendrían que pasar ellos.'

En la historia de Job, aquel silencio duró un tiempo preocupante: estuvieron completamente callados durante siete días y siete noches. Sólo se oyeron su llanto y sus lamentos.

El Prof. C. van Gelderen escribió en su hermoso libro *The Highlights of the History of Job's Soul*, que aquel continuo gemir sin una palabra de consolación era suficiente para volver loco a cualquier cuerdo. El dolor de Job parecía dejarles mudos, si bien lo que les impedía decir algo no era solamente la emoción. No estaban callados simplemente por causa del dolor, sino porque no tenían nada que decir. Habían ido a consolar, pero no sabían cómo hacerlo. La desgracia de Job les había afectado terriblemente, pero no podían decir ni una palabra de consuelo. ¿Por qué no? ¿Qué ocurría?

La razón de su silencio

Su equivocado punto de partida influye en todo esto. Estaban dispuestos a reconocer que un creyente no siempre ha de tener éxito. Eso lo sabían. Por la experiencia y la historia sabían que la gente piadosa no siempre puede escapar de los desastres; pero, según ellos, eso era siempre algo pasajero. Dios no permitiría que su vida se viera devorada

por el desastre. A su tiempo, Dios enviaría el auxilio. Podían confiar en eso. Su piedad garantizaba que la tempestad pronto pasaría. Así era como ellos veían el futuro.

Sin embargo, Job no les dejaba tranquilos en este aspecto. En el discurso de Job se echaba de menos el optimismo sobre la proximidad del final de la desgracia. No le oyeron apelar a su propia integridad. En lugar de eso, Job sólo se refería a la voluntad de Dios, que puede dar el bien y el mal a la gente piadosa. Pero en opinión de sus amigos aquello no era correcto. Dios no podía hundir en la miseria de manera continuada a los creyentes sinceros. Aunque las cosas se pusieran mal por la llegada de la adversidad, podían esperar un pronto alivio mediante la apelación a su piedad. ¿Por qué no estaba Job completamente confiado de que todo acabaría bien, si siempre había sido justo?

Cabía otra posibilidad. Job estaba siendo castigado por algún pecado secreto. No obstante, no le oyeron decir que había confesado su pecado y que esperaba una mejoría de la situación por haber hecho confesión. Les parecía sospechoso que Job no dijera nada para explicar aquel repentino desastre, y no dijera nada sobre el esperado final. Era raro. Por eso empezaron a temerse que Dios le estaba ajustando las cuentas. Por ello no se atrevieron a consolarle y compadecerle como preten-

dían. La pregunta que tomaron muy en serio y que hicieron en primer término fue: ¿No crees que Dios cuida a los buenos? 4:6. Presuponían que el mal no puede golpear a los buenos durante toda la vida. Pero, ¿era Job realmente bueno e irreprochable? Mientras no estuvieran seguros de eso, no tenían base para consolarle. Por esa razón se lamentaban en voz alta, pero no pronunciaron ni una palabra de ánimo.

La nueva tentación

Era una escena muy triste. Sentados junto a Job, entre cenizas, con los vestidos rasgados y llorando a gritos. Todo indicaba que se compadecían, mas no dijeron nada. Sin embargo, su mortal silencio hablaba más que muchos libros. Entre otras cosas, el mudo reproche suponía que la desgracia de Job podía ser merecida. Esto significaba un gran peligro para él, porque si aquello era *castigo* de Dios, entonces la única conclusión de Job tenía que ser: el SEÑOR me castiga, pero... sin causa, pues no he cometido ningún delito. No es justo.

Un paso más y habría maldecido a Dios. Satanás habría conseguido su propósito, pues quedaría demostrado que incluso la gente piadosa no puede evitar maldecir a Dios cuando tropieza con dificultades derivadas de la dirección de Dios. Por ello

resulta curioso observar la reacción de Job una vez que llegó a la conclusión de que el silencio de sus amigos revelaba lo que pensaban de él.

La respuesta de Job

“Después de esto, abrió Job su boca y maldijo su día”. ‘Después de esto’ significa ‘justo después’ de aquella horrible semana de silencio. Al fin Job habló, de modo que lo que sigue es una reacción ante la actitud de sus amigos. Eran amigos, pero habían llevado la tensión a un grado insostenible.

Lo que entonces dijo fue aterrador. Puede compararse a un volcán que entra en erupción sin previo aviso. Maldijo el día de su nacimiento. Quería borrarlo, y, al mismo tiempo, también quería suprimir la noche en que fue concebido en el vientre de su madre. Que aquel día se olvidara para siempre. Sea maldito el día de mi nacimiento, 3:3. ¿Por qué no morí al nacer? 3:11. Así —en alabanza a la muerte— ahora estaría en paz, dormido y tranquilo, 3:13. Estaba al límite de sus fuerzas. La vida era insostenible e inútil. Era un fracaso. Sólo anhelaba una cosa: descansar, no saber nada, no sentir nada, hundirse en un eterno sueño sin soñar. ¡Ojalá hubiera sido un abortivo! 3:16. Hubiera preferido eso a esta vida, a la cual ya no encontraba sentido. Las preguntas que surgían en su mente

se podían esbozar así: ¡Oh! ¿Por qué se les da luz y vida a quienes están en la miseria y la amargura, y que desean una muerte que no llega?, 3:20, 21. ¿Por qué permite Dios que los hombres nazcan sólo para dejar que perezcan más tarde en la desgracia? Mejor que no nacieran. Ya conocemos esas preguntas. ¿Para qué sirven tantas vidas destrozadas?

Ese era el problema de Job. Su vida era un completo fracaso. Su futuro había desaparecido a causa de la muerte de sus hijos. Él se estaba marchitando debido a una horrible enfermedad. No podía dar una respuesta lógica al porqué había nacido. Su antiguo alivio: 'lo que Dios hace está bien' le parecía ahora muy lejano. Por eso sólo le quedaba un deseo: desearía no haber nacido nunca. Por lo que a mí se refiere, Dios podía haber provocado un aborto. O me gustaría que me aplicara la eutanasia, pues deseo una muerte que no llega.

Pero Job fue protegido

Fue demasiado lejos en sus duras protestas contra el SEÑOR. Pero hay una cosa que no hizo, y ello fue su salvación: no maldijo a Dios. Maldijo el día de su nacimiento, mas no maldijo a su Dios. El SEÑOR continuó estando con él.

Reconocemos que los verdaderos creyentes se

ven arrastrados a veces por sus pecados, por el mundo o por Satanás. No obstante, Dios no permite que se hundan tanto como para que caigan de la gracia de adopción y del estado de justificación, y se pierdan en una eterna ruina (*Cánones de Dort, V 4-6*). Job tampoco cayó tan bajo. Tropezó y cayó muy bajo. Pero en su caída llevaba el freno de la gracia de Dios. Cristo interrumpió su caída y le recogió. Esto no significa que estemos autorizados para adoptar los reproches de Job en momentos de desesperación. Mas esta parte de la Biblia nos da una importante promesa de Dios: no nos dejará caer en la aflicción cuando, a veces, damos un salto peligroso a las tinieblas debido a nuestra desesperación. Ese también puede ser nuestro último y más firme apoyo cuando nuestra alma está en total oscuridad. ¡Frío... vacío... ansioso! Esta historia nos invita claramente a ir a Dios, incluso con nuestras dudas más turbadoras, a pesar de que nos sintamos solos y abandonados por Dios en ese momento. Job lo hizo, y eso fue su salvación.

Preguntas

¿Por qué nací? ¿Por qué aquel niño? ¿Por qué tiene que morir repentinamente una madre joven, mientras su anciana madre sigue viviendo? Lo que Job dijo se puede aplicar a muchos: desean la muerte

y ésta no llega. Pongamos en las manos de Dios nuestra vida inválida, o la de nuestro hijo, o la de nuestro anciano padre o madre, cuando ya no podemos hacer nada. Pues hay una cosa segura: Dios va directo para conseguir sus propósitos en todas aquellas vidas en las que nuestra mente superficial ya no puede encontrar ningún sentido. Él las ha destinado a convertirse en miembros de aquel maravilloso coro de cantores felices que le alabarán en la eternidad. Pero será una alabanza con una visión perfecta, de modo que todas sus decisiones serán alabadas, incluso aquel pasado oscuro.

Un día, todos aquellos "porqués" desesperados se verán ahogados por los cánticos de alabanza acompañados de arpas y címbalos. Uno de los cantores será Job, que un día maldijo el día de su nacimiento y reprochó a Dios el haber nacido. Entonces alabará las decisiones de Dios, incluso en la adversidad. Esto no quiere decir que hayamos de recordar eternamente los tiempos difíciles. Pero, sin duda, alabaremos la dirección de Dios en su camino de eternidad a eternidad, pues el tema de nuestro cántico será: "Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y POR TÚ VOLUNTAD existen y fueron creadas.", Ap. 4:11.

Cada día, el alegre y el triste, es, fue y será, *por*

la voluntad de Dios. Y su voluntad es buena. Por eso alabaremos al Dios de la vida, cada día que Él nos permita estar aquí, aunque nos encontremos debilitados por la enfermedad y el dolor.



VII.

Elifaz y Job

(Job 4:1-17; 7:11-21)

Al fin, los amigos cesaron en sus lamentos y en su silencio. Empezaron a hablar en lenguaje inteligible.

Elifaz fue el primero. Prorrumpió en un torrente de palabras. Lo que dijo pretendía ser bueno y piadoso, pero acabó en amarga decepción. Es bien conocida la queja de aquellos que dicen que nunca hallaron comprensión para sus problemas, ni en casa ni en la iglesia, y que por eso rompieron con la religión. Supongamos que hay algo de razón en esa queja. ¿Cómo escapó Job de la tentación de maldecir a Dios por ese motivo?

La intención de Elifaz

Elifaz ya llevaba una semana sentado junto a

Job, gimiendo. No había podido decir nada aunque era lo bastante elocuente. No era por eso. No quería seguirle la corriente a Job haciendo ver que su sufrimiento era un enigma. Por ello prefirió quedar en silencio de momento. Sin embargo, durante aquella semana se convenció más y más de que había encontrado la explicación correcta. Entonces trató a Job duramente.

En primer lugar, no entendía por qué Job estaba tan deprimido. En otros tiempos, él había dicho a muchas almas dolientes que confiaran en Dios, y había animado a los débiles, a los que caían o estaban aplastados por la desgracia, o se inclinaban a la desesperación. Pero ahora, cuando el mal le golpeaba, desmayaba y se hundía, 4:3-5. Así que Elifaz pensaba que lo que Job tenía que hacer era aplicarse la receta que había dado a otros: Médico, cúrate a ti mismo.

También sabía exactamente de qué manera Job se podía librar de su desesperación: "¿No es tu temor a Dios tu confianza?" 4:6. De inmediato, se percibe claramente que quería poner a Job en un camino equivocado. No le dijo que buscara refugio en la misericordia de Dios, sino en su propia buena conducta. Sobre esa base, Job podía esperar mejores tiempos. El mal no podía estar golpeando a la gente buena indefinidamente. Pues, ¿has conocido alguna vez a un hombre verdaderamente bueno que haya sido castigado?, 4:7. Elifaz se

refirió a una férrea ley de la agricultura: se recoge lo que se siembra. Lo mismo es aplicable a cualquiera que se ve amenazado por un derrumbamiento seguro. Se siembra iniquidad y se recoge condenación. Es así de simple. Elifaz lo había visto en la práctica cotidiana, 4:8. Estaba seguro de sí mismo y por esa razón insistía en este tema.

Para ilustrar su discurso, relató la fascinante historia de la repentina y trágica destrucción de una familia de leones, 4:10-11. Estos animales son capaces de rugir terriblemente para demostrar su enorme fortaleza, pero un malhadado día toda su gloria desaparece. Con sus dientes rotos, ni siquiera el león macho puede cazar una presa, y entonces toda la familia cae en la desgracia. Mejor sería que Job no lo olvidara. Pronto o tarde, un desastre semejante acontecerá a cualquier familia, por muy respetable que sea, si provoca la ira de Dios.

Pero, ¿es la desgracia —que también puede acontecer a los creyentes— un castigo *especial* debido a sus pecados? Elifaz no pudo demostrar eso. Por ello, todo su discurso no es más que una pompa de aire caliente.

¿Una revelación nocturna?

A Elifaz sólo le quedaba una flecha en su alja-

ba. Había recibido una revelación sobre esta cuestión. Con aire pretencioso, se adelantó y explicó una excitante historia. Una noche, se despertó sobresaltado de su profundo sueño, temblando hasta los huesos. Su cabello se erizó al pasar un espíritu por delante de él.

La cuestión principal no consiste en saber si aquello era una revelación de Dios o un vuelo de su imaginación, pues, imaginado o no, lo que el espíritu dijo era verdad: "¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más limpio que el que lo hizo?", (4:17). Dicho en otras palabras: ¿Quién quedaría bien parado en comparación con Dios? ¿Quién es capaz de juzgar mejor que Dios? Pues bien, Job había adoptado, precisamente, esa actitud. Por eso, Elifaz hacía bien en transmitirle a Job la revelación que había tenido por la noche. Sin embargo, se equivocaba en *la aplicación*. Esto nos lleva a un problema que debemos resolver por separado.

¿Son todas las palabras de Elifaz, Palabra de Dios?

¿Hasta qué punto tienen autoridad divina las palabras pronunciadas por Elifaz y sus amigos? Por un lado, el Señor condenó sus argumentos porque no habían acertado en lo que dijeron acerca de Él, 42:7. Pero, por otro lado, dijeron varias verdades

muy importantes. Por ejemplo, Pablo, en I Corintios 3:19, presenta con un "pues está escrito" una frase que resulta ser de Elifaz (a saber, que "Dios prende a los sabios en la astucia de ellos", Job 5:13). Por supuesto, esto no significa que Pablo acepte completamente el hilo de los argumentos de Elifaz, pero sí que acepta una afirmación que se encuentra en ellos.

En este sentido, las palabras de los amigos son algo complejas. Es como si se tratara de unos albañiles que estuvieran trabajando con buenos ladrillos y que, al colocarlos, se pusieran unos lentes que deformaran la visión. El resultado sería un muro torcido y peligroso. También Elifaz usaba buenos ladrillos, pues hizo toda suerte de declaraciones correctas. Puesto que la voz que le habló por la noche le había advertido, comenzó con un buen texto: no toques la dirección de Dios. Pero, en realidad, el propio Elifaz la violó al querer escudriñar en ella, asistido por la débil luz de su razón entenebrecida. Según él, Job estaba recogiendo lo que había sembrado. Era así de sencillo. Las ideas de Elifaz respecto a Dios eran injustas, y además, muy peligrosas para Job. Éste había visto cómo su círculo de amigos se había reducido a tres, y Elifaz fue el primero en hablar. Debió ser una amarga experiencia para Job el comprobar que Elifaz ni siquiera intentaba disimular sus sospechas sobre la sinceridad de la fe de Job. Elifaz adoptó una actitud

dura, sin mostrar ninguna comprensión por la profunda angustia de Job. En semejantes situaciones, no hay nada más desesperante que la desconfianza de los más íntimos, la familia y los amigos; y, de manera particular, de aquellos de quienes esperamos comprensión o, al menos, confianza.

Resultado provisional

Job lo estaba pasando mal. Uno de sus amigos dudaba de él y desacreditaba su fe. ¡Un amigo! Se daba la espantosa posibilidad de que, sintiéndose profundamente ofendido, Job no sólo rompiera con Elifaz sino, incluso, también con Dios. Desde un punto de vista humano, su futuro pendía de un hilo. Sabemos que podía explotar.

En realidad, su futuro pendía de la cuerda irrompible del amor y la fidelidad de Dios. Su impredecible comportamiento seguía estando en manos seguras. El corazón se nos encoge al pensar en Job, pero la fidelidad de Dios es grande. Ese es el secreto de los creyentes que pasan por grandes pruebas y no pierden la fe. Quizás, en su desesperación, esperan la comprensión y piedad de los demás, pero sólo hallan actitudes equívocas, y se sienten completamente perdidos. Entonces, sólo queda un buen camino abierto. El camino que Job tomó: a pesar

de sus fallos e irritaciones, se refugió en Dios. Y eso fue su salvación,

La dirección de Dios no siempre es clara

Elifaz no tenía ningún problema respecto al tema de la dirección de Dios. En absoluto. Para él, estaba claro el porqué del sufrimiento de Job. Es verdad que se había referido a maravillosos milagros de Dios, 5:19, pero aquello se trataba de otra cosa. Elifaz no creía en absoluto que hubiera ningún misterio en la relación entre el pecado y el castigo. Era tan necesaria y evidente como la relación entre sembrar y cosechar.

Los amigos de Job razonaban desde un punto de partida distinto del de su mujer. *Ella* había dicho: 'Yo conozco a Job. No ha hecho nada malo. Es Dios quien está obrando mal.' Pero *los amigos* se fueron al otro extremo: 'Nosotros conocemos a Dios. Él no puede tener la culpa. Por lo tanto, es culpa de Job.' La primera se puso del lado de Job, enfrentándose a Dios. Los segundos, se pusieron del lado de Dios, encarándose con Job. La esposa le aconsejó que maldijera a Dios; los amigos le aconsejaron que se arrepintiera y volviera a Dios. En todos los sentidos, dos opiniones completamente diferentes.

Y sin embargo, el punto de partida era el mis-

mo, pues los cuatro se consideraban lo bastante sabios como para juzgar si la actuación de Dios era correcta o no. Tanto los amigos como la mujer de Job asumían, simplemente, que podían entender a Dios. Ella partía de la idea de que podía discernir que la forma en que Dios trataba a su piadoso esposo era irrazonable y, por consiguiente, inaceptable. Esto lo dijo desde su desesperación; y aunque su horrorosa situación despertó nuestra condolencia, su declaración era realmente arrogante. Pero los amigos de Job no eran mejores. Se consideraban perfectamente capaces de determinar por qué la dirección de Dios era razonable y, por ello, aceptable. Esto también es arrogancia. Todos ellos argumentaban según la sabiduría *humana*. Se consideraban lo bastante inteligentes como para descubrir los motivos que había tras las decisiones de Dios, y para juzgarlos de acuerdo con *su propio* sentido de la justicia. Ese juicio podía ser negativo, como el de la mujer de Job; o podía ser positivo, como el de sus amigos. En ambos casos, era un juicio basado en su propia concepción de la justicia. Y ese era el error que tenían en común.

Por ese motivo, los amigos de Job también se equivocaron de camino. Querían explicar más de lo que Dios permitía. No se abstuvieron de intentar penetrar hasta el fondo de los pensamientos de Dios. La consecuencia fue que se inventaron unas

explicaciones que trataban a Dios injustamente; y al hacer esto también hirieron a Job, a pesar de que querían ayudarlo.

Tanto el enfoque de los amigos de Job como el de su mujer, han tenido muchos seguidores. Veamos algunos ejemplos de los dos. Hay creyentes sinceros que sufren por problemas psicológicos. Son enfermos que han de llevar una pesada cruz. Si alguien se rompe una pierna, por ejemplo, es posible que suscite más compasión y comprensión. La falta de comprensión hacia aquellos que tienen su alma en la oscuridad y la tristeza ya constituye una carga adicional. Los de su entorno con frecuencia los condenan o juzgan negativamente. Pero esa carga se hace insoportablemente gravosa cuando, además, se les dice que la causa de su sufrimiento es, en realidad, culpa suya, de modo que la recuperación sólo se puede producir por vía de la conversión. Aquí podemos ver la dureza del argumento de los amigos de Job. Los sanadores por fe, que afirman que los creyentes no tienen por qué estar enfermos, dicen lo mismo. Dios no quiere eso. La persona que no se recupera debe tener en cuenta que ello se debe a su falta de fe. Esto nos recuerda la lógica de los amigos de Job.

Otros siguen los pasos de la esposa de Job. Han roto con Dios porque no pueden entender por qué hay tanto sufrimiento en este mundo. Hay otros

que dicen que ella tenía razón en el sentido de que Dios no sería justo si dejara sufrir de manera tan terrible a gente inocente; pero se apartan de Dios de manera distinta de la mujer de Job. Como ya vimos antes, lo que dicen es que los desastres no vienen de la mano de Dios: Él no hace enfermar a la gente; Su mano no tiene nada que ver en los accidentes aéreos; un conductor borracho que mata a una pobre madre, no sólo está obrando *contra* la voluntad de Dios, sino totalmente *más allá* de Su voluntad, pues Él es impotente y sólo puede compadecerse de las víctimas.

¿Por qué hay tanta gente que busca una explicación ética, *hermética*, de los actos de Dios? El libro de Job nos enseña que debemos tener mucho cuidado al tratar de investigar y juzgar las razones de la dirección de Dios. Esto no quiere decir que nunca se pueda señalar una causa. Los actos punitivos de Dios pueden estar relacionados con pecados personales. La Biblia nos habla una y otra vez de personas que fueron castigadas por Dios por razones muy evidentes. Recuérdese a David y el sufrimiento que tuvo que experimentar tras su matrimonio con Betsabé. Por eso, siempre hemos de preguntarnos si acaso el Señor nos está castigando como lo hace un padre; para nuestro bien; para reconducirnos a Él cuando nos hemos desviado. Pero, con frecuencia, habremos de admitir que no podemos hallar

ninguna razón plausible, como en el caso de Job. Este libro bíblico nos enseña que no *todo* el sufrimiento se puede entender como si fuera debido a pecados personales.

Dios tiene sus propios secretos y debemos respetarlos. Por consiguiente, seamos prudentes en nuestros juicios, y no traspasemos los límites que Él ha trazado. Quizá pensemos que eso no nos satisface. Quisiéramos saber *por qué* Dios nos ha elegido para llevar esa carga en particular. ¿Y por qué nosotros? El libro de Job no contesta esas preguntas; pero ello no significa que nos defraude. Lo que nos enseña es una manera más eficaz de soportar nuestra pesadumbre. Nos equivocamos si pensamos que nos falta algo si no sabemos por qué el Señor nos está probando con tanta dureza. Dios considera *innecesario* que lo sepamos. Por lo tanto, no es necesario y no necesitamos saberlo. Y eso no es ser pobre.

La reacción de Job

El discurso de Elifaz hirió a Job profundamente, y éste perdió el control propio: "Me quejaré con la amargura de mi alma", 7:11. A Job seguía pareciéndole extraño que el Dios Altísimo se ocupara de un insignificante ser humano. ¿Qué es el hombre para que te dediques a perseguirle?, 7:17. In-

cluso si había ido demasiado lejos, ¿qué importaba? ¿Acaso podía su pecado dañar a Dios?, 7:20. Sin duda, Job no era ninguna amenaza para el Dios omnipotente. Por eso se sentía molesto de que Él le prestara tanta atención: "¿Soy yo el mar, o un monstruo marino, para que me pongas guarda?", 7:12. Él creía ser el objetivo permanente de Dios, incluso de noche, con aterradoras pesadillas. ¿Por qué empleaba Dios el tiempo persiguiéndole? Por eso le llamó "Guarda de los hombres", el inspector infatigable que no sabía cuándo parar, 7:20.

¿Para qué tanta molestia? Job se consideraba una carga para Dios —esa es una mejor traducción que decir que Job era una carga para sí mismo, 7:20— pues siempre intentaba razonar desde el punto de vista de Dios. Estaba en juego lo que él era para Dios, a saber, una carga. Creía que el SEÑOR prestaba demasiada atención a un hombre pecador. En ese contexto, también pidió el perdón de sus pecados, 7:21; pero lo que quería decir es: que el SEÑOR perdone mi pecado; o sea, que intentó encontrar la solución de su problema de esta manera: Dios debía tratarle como a un insignificante ser humano de ahora en adelante; ¿no le dejaría tranquilo, aunque sólo fuera un momento para tragar saliva?, 7:19. ¿No podía el SEÑOR dejarle en paz?

Es fácil criticar justificadamente la reacción de Job. Pero, de momento, hay algo más importante. La cuestión está en saber si su amor a Dios era

sincero o no. La respuesta es claramente afirmativa, a pesar de sus muchos fallos, *pues Job no maldijo a Dios*. Por el contrario, buscó refugio en Él. Es sorprendente que su respuesta a Elifaz derivara en una oración a Dios. Huye de los hombres y va a refugiarse en el SEÑOR.

Vayamos siempre al Señor con todos nuestros problemas. Y, si es necesario, huyamos de los hombres y digamos: Señor, tus caminos están más allá de mi comprensión, pero a ti me encomiendo. Dios está con nosotros, pues ha entregado a Su Hijo por nosotros. Podemos estar más seguros de eso que Job. El que sabe esto, sabe lo bastante en todas las emergencias.

VIII.

Job y su apelación al redentor.

(Job 19)

En circunstancias difíciles apreciamos mucho más que alguien nos escuche y nos comprenda. Pero Job no vio por ningún lado que alguien le tendiera la mano. Por todas partes se levantaban los muros de la sospecha. Lo bastante para llevar a la desesperación.

No había nadie que le comprendiera, ni siquiera algún amigo. ¿Qué es lo que hizo entonces? Acorralado por todas partes, apeló a quien él llamó *Redentor*. Aquello debió ser muy importante para él, pues sonaba a liberación: ¡yo sé que mi Redentor vive! ¿Qué es lo que él quería decir, y qué significa para nosotros?

Reconoced que Dios me ha tratado mal

En el segundo discurso, Bildad se dedica a describir la caída de un hombre malo. Vemos cómo ocurre: al principio, este hombre andaba con seguridad, pero poco a poco se fue enredando en toda clase de problemas. La historia termina con la chocante noticia de que una enfermedad mortal y contagiosa le obliga a abandonar la seguridad de su hogar. Aquel hombre, antes tan respetado, se ve expulsado de su comunidad, y se convierte en un paria. La moraleja de la historia es: así les pasa a quienes no atienden a Dios.

Es evidente que Job podía reconocerse en aquella historia. Bildad pretendía que Job quedara conmocionado al darse cuenta de que se trataba de él mismo: Soy yo, debo convertirme ahora mismo. Sin embargo, la historia produjo un efecto muy diferente en Job. Esta historia le afligió, le turbó y le destrozó, 19:2,3. Es cierto que le sería aplicable si realmente hubiera cometido algún delito en secreto y hubiera suscitado la ira de Dios contra sí mismo. Pero, a pesar de todos sus fallos, él sabía que seguía siendo un hijo de Dios honesto. Es por eso que, tras la historia de Bildad, no le quedaba otra conclusión que pensar: Estoy recibiendo el castigo de un incrédulo, pero está mal. Y entonces lo dijo en voz alta: "Dios *me ha derribado* y me ha envuelto en su red", 19:6. Este sentimiento

le debió llenar de desesperación. En toda su vida nunca había pasado por semejante experiencia. Siempre había sido un hombre respetado, y eso lo consideraba como una corona que Dios le había concedido. Pero, ¿por qué le había quitado Dios, de repente, aquella corona?

Cuando un desastre nos amenaza, los creyentes cantan: "Castillo fuerte es nuestro Dios; refugio y buen escudo..." Pero Job se lamentaba: Yo soy como una tienda que se tambalea, atacada por todas partes ¡por Dios! Se imaginaba que sus atacantes eran *los ejércitos* de Dios, 19:12. La furia de Dios se había encendido contra él, 19:11. Así es como lo entendía; y entonces no hay escapatoria para un hijo de Dios, ¡es el fin!

Tampoco encontraba apoyo entre la gente. Los que en otros tiempos le saludaban con interés, ahora le fallaban. Todos los puentes de comunicación se habían cortado. Pero también en eso veía la mano de Dios: "Hizo alejar de mí a mis hermanos, y mis conocidos, como extraños, se apartaron de mí" 19:13. Creía que en todo lo que estaba pasando su único oponente no era otro sino Dios.

No pensaba que lo peor de su sufrimiento era el dolor, sino el hecho de no poder disfrutar ya del amor paternal de Dios. Se veía cerca de la muerte, y entonces quizá la historia de Bildad sobre la caída de un hombre impío serviría como oración

de su funeral. Así, el problema quedaría resuelto: Job había cosechado lo que había sembrado. Él quería protestar contra esta explicación tan simplista, pero tan equivocada, de la dirección de Dios, que incluso permanecería hasta mucho después de su muerte; y por ello quiso que su apología se escribiera en un libro. O mejor aún: que se escribiera con cincel de hierro en una roca para siempre, 19:24; a modo de epitafio. Era el inútil deseo de tener "la razón" después de la muerte. Estaba haciendo todos los esfuerzos posibles por defenderse él solo, hasta que llegó al liberador descubrimiento de que eso no era necesario porque había alguien que estaba dispuesto a hablar en defensa suya.

Yo sé que mi Redentor vive

El *redentor* era un salvador. Nadie debía sentir timidez de recurrir a él, pues tenía la obligación legal de ayudar. Tiempo más tarde, el SEÑOR dejó las cosas bien preparadas para su pueblo, y así, una débil mujer como Rut pudo ver cómo todas sus necesidades desaparecían cuando Booz actuó como redentor suyo. Éste se cuidó de que tuviera alimentos suficientes, de que las tierras volvieran a manos de la familia, e incluso se casó con ella. No es de extrañar que, según Isaías, la palabra "redentor" vino

a ser un nuevo nombre de Dios mismo, 54:5. Por otra parte, nadie le preguntó a Job: ¿Puedo ayudarte? Pensaba que incluso Dios le había abandonado. ¡Pero entonces ocurrió un milagro! Palpando en la oscuridad, encontró un agarradero: sabía que su Redentor vivía.

¿Quién era este Redentor?

El contexto indica que Job apelaba a un redentor divino. Esto parece bastante contradictorio si tenemos en cuenta que se había lamentado de que Dios le estaba tratando como un enemigo. Apelaba al mismo Dios que le estaba torturando. ¿Estaba Dios *contra él*, y al mismo tiempo estaba *a su lado*? En cierto sentido, esto es lo que debía pensar, pero ello no le fue impedimento para requerir la ayuda del mismo Dios que le estaba poniendo a prueba. Esta paradoja no era un problema para él y se planteó el problema en dos vertientes: La mano de Dios está en mi aflicción, y este Dios es mi ayudador en esta misma aflicción.

¡Aleluya! Alabado sea el Hijo, pues su obra redentora ya está hecha. Así encontró Job su descanso. Estaba completamente exhausto cuando le entregó su defensa al Redentor. Job iba a morir, pero su divino defensor vivía y hablaría en defensa suya. De momento, su situación era insegura, y aún no

había llegado a comprender la dirección de Dios. Pero en medio de tanta confusión, sabía que su Redentor vivía.

En este Redentor podemos reconocer al Señor Jesús que intercede por nosotros ante Dios. Hay un alud de preguntas que no podemos contestar. Ahí están sin respuesta; pero no nos agobian porque podemos salir, por así decirlo, de debajo de la nieve: apelamos al Hijo de Dios, que es Dios mismo. Él nos conoce. Él nos defiende. Él se hizo como uno de nosotros. Nadie puede amarnos más que Aquel que vivió y trabajó en Oriente Medio durante unos treinta años; ni hay nadie que pueda defender nuestra causa ante Dios mejor que Él; y puesto que vivirá para siempre, siempre estará ahí para hacer valer ante Dios el pago que Él ha hecho con su sangre por nuestros pecados, Hebreos 7:25.

Entretanto, es de todo punto imposible que exista un conflicto en el seno de la divinidad, entre el Padre y el Hijo. Dios no está dividido contra sí mismo respecto a su actitud hacia nosotros. El Padre nos ama tanto como el Hijo. El Padre se agradó en el Hijo cuando éste se ofreció para ser nuestro Redentor. Incluso fue el Padre quien designó a Su Hijo. Así era como amaba a Job. Dios es absolutamente uno e indiviso en cuanto a Su amor a los pecadores.

Lo que Job esperaba de su Redentor

Es de pura lógica que un redentor normal sólo podía socorrer a los parientes que estaban vivos. Su ayuda no podía ir más allá del sepulcro. Pero Job esperaba de su Redentor algo sobrehumano. Por lo que hacía a esta vida, ya no tenía esperanza, pero esperaba que su Redentor entrara en acción después de su muerte, pues "al fin se levantará sobre el polvo", 19:25. Al referirse al polvo, Job estaba pensando en sí mismo después de su muerte. Sólo eso quedaría de él. ¿Y después? Su respuesta era: Incluso aunque yo pronto me convierta en polvo, mi Redentor sobrevivirá y me defenderá. A pesar de la dura declaración de que Dios era su enemigo, ¡Job también sabía que el mismo Dios estaba a su lado!

Pero, ¿acaso intervino su Redentor demasiado tarde? ¿En qué sentido le ayudó a Job a rehabilitarse mucho más allá de su muerte? En realidad, para él esto no era un problema. Veía su piel putrefacta y sabía que su cuerpo se desharía, y sin embargo, declaró: este cuerpo verá a Dios. Esperaba un cuerpo nuevo y sano con el que se encontraría con Dios. Con asombro exclamó que vería a Dios con sus propios ojos. Ver a Dios era una expresión típica de aquellos tiempos. Job quería manifestar su alegría personal por estar cerca de Dios. Sin temor de Su ira. Sin aquel dolor conti-

nuo, con un cuerpo sano. Y sin las turbadoras dudas del presente. Ver a Dios. Estar con Él. Estarle permitido vivir en su gracia. Aquello parecía tan lejano y fuera de su alcance. Pero él lo esperaba, y aquello sería la mayor celebración de su vida. Entonces se daría la mejor prueba de que Dios estaba de su parte. Por eso exclamó con júbilo: "...y mis ojos lo verán, y no otro." 19:27.

¿Cómo llegó Job hasta aquí?

¿Cómo llegó a esta profunda declaración? ¿Y por qué no lo hizo antes? Ocurrió así porque el Espíritu Santo le dio una percepción del problema justo en el momento en que la injusticia y la deslealtad parecían tener la última palabra en este asunto. Todos vuelven al polvo. También los creyentes; y, a menudo, tras una vida de mucho dolor y pocas alegrías. Nadie lo puede compensar. Pero al igual que Job, creemos que hay un Redentor que defenderá a los creyentes más allá de la muerte. Cuando Él vuelva, la mayoría no serán más que polvo. Pero ese polvo inerte tiene valor para Él; lo pagó con su sangre. Esos fallecidos le siguen perteneciendo en cuerpo y alma. En cuanto a sus almas, ya estaban con Él inmediatamente después de su muerte; pero sus cuerpos nunca los abandonó. Cuando Él vuelva, encontrará por todas partes este polvo

que parece no tener valor, y lo restaurará a una gloria desconocida. Y así nos reuniremos con Dios. Un gozo sempiterno. Gracias a Cristo, al cual pertenecemos en cuerpo y alma, en vida y muerte, así como también mucho después de ella.

Job desea a su Redentor

¡Todo parecía tan irreal! No había ni rastro de un Redentor que estuviera allí para defenderle. La miseria continuaba, y sus amigos no cambiaban. Y sin embargo, Job no había soñado. Él veía a Dios. Lo esperaba con anhelo, y lo expresó de una manera propia del Oriente: 'Sí, veré a Dios; no como un extraño, sino como un amigo.' Estaba seguro de un final feliz. Sus amigos estaban equivocados, y les avisó seriamente acerca del Juicio Final.

Job no era perfecto. Había subrayado demasiado ante Dios su inocencia. Aún tenía que darse cuenta con más profundidad de que no tenía derecho a la prosperidad y a la salud por sus buenas obras. Pero estaba en el buen camino; al menos, lo esperaba todo de su Redentor. Por eso se mantenía fuerte a pesar de que su miseria se alargaba. La defensa que Cristo hace de nosotros no significa que toda la miseria desaparece de repente. Algunos dicen que un creyente siempre ha de estar contento. Pero la

Biblia también le da un lugar legítimo a la tristeza. Tenemos permiso para llorar y lamentarnos. Es maravilloso tener un Redentor poderoso, mas, a pesar de ello, también pasamos por la experiencia de la tristeza, como cualquier otra persona. La tensión, la soledad o el temor al fracaso nos pueden afectar. Y también nos podemos sentir asustados cuando ocurren cosas, en algún lugar del mundo, que ponen en peligro la paz. Pero... nada irremediable puede sucedernos jamás. No hay poder que pueda destruirnos. Satanás no puede. El pecado tampoco puede. Todas las huestes de poderes mortíferos tuvieron que rendirse a nuestro Redentor, y, por ello, nuestra situación cambió radicalmente. ¡Él vendrá a buscarnos! ¡Sin duda! La fecha ya está fijada, y cuando venga nos hallará, aunque sólo quede una pizca de nuestro polvo en la tierra. Por eso tenemos una esperanza.

IX.

La búsqueda de la sabiduría

(Job 28)

El significado de la sabiduría

La conversación entre Job y sus amigos había llegado a un punto muerto. Después de decirlo todo, ninguno había podido convencer al contrario, y su actitud se había endurecido. Cada uno tenía su criterio sobre el propósito de Dios, que era la causa del abrupto final de la felicidad de Job. Por ese motivo, su peculiar conversación seguía planteando la misma pregunta: ¿dónde está la sabiduría que explica el profundo oscurecimiento de la vida de Job? Así pues, ese es el tema de este capítulo: la sabiduría —¿dónde se encuentra?, 28:12,20.

Los amigos creían que tenían el monopolio de la sabiduría. Para ellos estaba claro como el cris-

tal por qué Dios estaba tratando a Job de aquella manera, y presentaron algunos argumentos lógicos, espolvoreados con profundas reflexiones extraídas de la experiencia. Job se mostró bastante débil ante ellos. No se le ocurrió ninguna explicación de su difícil situación. No pudo decir ni una palabra. No sabía más que ellos. Por eso es sorprendente que nunca apele a la sabiduría. Incluso la aborrecía, ya que no le era de ayuda. Cuando sus amigos se jactaron de su propia inteligencia, él reaccionó burlescamente: "...con vosotros morirá la sabiduría", 12:2. Y más adelante: "Ojalá callarais por completo." Para él, la dirección de Dios estaba tan borrosa como el barro. No entendía nada en absoluto. Con un tono sarcástico admitió ante sus amigos: qué cosas más sabias habéis dicho. ¿Cómo se os han ocurrido esos brillantes argumentos?, 26:3.

Job comparó su anterior prosperidad a un nido que provee protección y calor, pero que durante una noche de tormenta es barrido por el viento como si fueran hojas secas. Unas veces, son arrastradas a donde nos conviene, pero otras, no. Y sin embargo, estamos deseosos de aceptar la dirección de Dios como justa y sabia. Pero, ¿cómo conseguimos la sabiduría que nos da ese discernimiento? Para responder a esa pregunta nos embarcamos en una búsqueda especial.

Dónde no se puede hallar esa sabiduría

El hombre lo examina todo y penetra en los secretos más inaccesibles. El capítulo 28 ensalza, de una manera poética, los magníficos resultados de la minería. Vemos a los buscadores cómo trabajan cerniendo la arena y buscando las pepitas de oro. Otros excavan en busca de la plata o el hierro. También se habla de la extracción del cobre fundiendo su mineral sobre un intenso fuego. Para conseguir esos minerales, los hombres no tienen ningún inconveniente en abrir pozos verticales en la tierra y luego galerías horizontales en todas las direcciones: "A las tinieblas ponen término", 28:3; la luz del día penetra en la tierra abierta, y las lamparillas de aceite llevan la luz a los túneles subterráneos. Este pasaje describe a un minero que, colgado de una cuerda, desciende a la mina. ¿Qué es lo que busca este hombre? Excava un túnel en lo profundo de la tierra, y, poéticamente hablando, rasca los pies de la montaña, 28:9.

Pero ¿por qué lo hace? Es un trabajo peligroso, porque cualquier corriente de agua puede inundar el túnel, aunque es verdad que el hombre puede bombear el agua al exterior, 28:11. ¿Qué quiere decir todo esto? El poeta exclama asombrado: Los hombres saben cómo conseguir alimentos en la superficie de la tierra, aun cuando en su interior haya fuego, 28:5. Todos sabemos que la tierra produce ali-

mentos. Por eso, el labrador que siembra y siega es algo familiar. Pero ¿por qué todas esas excavaciones en las peligrosas minas subterráneas?

Para entender eso tenemos que observar los *resultados* de esa misteriosa excavación: hierro y cobre, plata y oro, piedras preciosas. El hombre sabe cómo llegar hasta los tesoros más escondidos. Sólo el hombre. Ni siquiera el buitre, con sus ojos penetrantes, puede hallar el camino; ni tampoco los poderosos depredadores, como el león, con su fino instinto, pueden penetrar hasta ellos. Solamente el hombre puede encontrar esos tesoros. El poeta resulta estar muy al corriente de los últimos avances, y los admira. Es un buen experto en diamantes y joyas, y conoce su gran valor. Pero hay un tesoro que todavía no ha encontrado en el curso de su exitosa búsqueda: la sabiduría, que es la que explica el sentido de nuestra existencia. ¿Dónde se la puede hallar? Aunque Job hubiera estudiado todos los libros de la sabiduría humana, éstos no le habrían explicado por qué tenía que sufrir de manera tan terrible.

Hoy no es diferente. Se han hecho grandes descubrimientos. El mundo de Job era primitivo en comparación con el nuestro; pero hay un punto en el que no se ha progresado: No se ha dado respuesta a la cuestión de por qué aquellos que aman a Dios han de sufrir tanto. Esa clase de sabiduría toda-

vía no se ha encontrado. En los tiempos de Job, el océano dijo: no está en mí. Y el mar dijo: no la tengo yo. Desde entonces, los mares han entregado muchos de sus secretos, pero la sabiduría no estaba allí. Incluso la muerte —y entonces ya estamos más allá de los límites de la existencia humana— sólo sabe un poco de esto, 28:22, y no nos puede enseñar mucho. La gente sabe mucho. Puede descifrar los mayores secretos. Las computadoras nos pueden ayudar a calcular y predecir muchas cosas, pero nadie puede contestar por qué tenemos que vivir con pesadumbre y por qué no puede ser de otra manera. Por consiguiente, la pregunta más urgente sigue siendo: ¿De dónde viene esta sabiduría, y dónde está el escondite de la inteligencia?

Sólo Dios sabe dónde está la sabiduría

No hay alma viviente que sepa cómo llegar a la sabiduría y que pueda explicar nuestras adversidades. Sólo Dios (aquí se subraya Su nombre) sabe dónde está, 28:23. Esto no significa que la sabiduría sea un poder independiente, fuera de Dios, como si Él tuviera que acudir necesariamente a ella. La sabiduría suprema se halla en Dios mismo; por eso le pertenece exclusivamente a Él y sólo Él sabe —por así decirlo— dónde se encuentra.

No obstante, su sabiduría no está completamente

oculta. La vemos en la naturaleza, 28:25,26, pues, a pesar de las consecuencias del pecado, la creación es un modelo de la sabiduría de Dios. La creación consiste en un mecanismo increíblemente complejo; tiene miles de años y sigue funcionando perfectamente. Fijémonos, por ejemplo, en el viento y la lluvia. El viento sigue soplando y la lluvia sigue cayendo. Hace muchos siglos que Dios los puso en marcha, y nunca han necesitado un ajuste. El barco de vela y la lámpara de gas han desaparecido, pero, mientras el mundo exista, habrá viento y habrá lluvia. Nunca tendrán que ser sustituidos por otra cosa mejor. Esto demuestra cuán profunda es la inteligencia del Creador. Cuando Él creó el viento y la lluvia, puso de manifiesto la sabiduría, 28:27. Lo entendía todo. Dios es inimaginablemente sabio. Por eso, podemos estar tranquilos: todo lo que Él hace —también en nuestras vidas dañadas— está fundado en esa misma sabiduría. Pero, ¿no hay nada que decir sobre el sentido o la utilidad del sufrimiento? ¿Hemos de rendirnos ciegamente a la sabiduría de Dios, y ya está? Eso es lo que vamos a tratar a continuación.

El enigma no se le resuelve a Job

Los primeros capítulos de este libro de la Biblia nos proporcionaron una visión desde dentro.

Se explicaba allí el sufrimiento de Job en términos de la conversación entre Dios y Satanás. No excluimos la posibilidad de que el propio Job suministrara esta información. En tal caso, él habría sabido posteriormente por qué había sufrido. Pero sea como sea, hay una cosa notable: *en ninguna parte de este libro se menciona el momento en que Dios le revelara a Job el propósito de su sufrimiento*. Aún más: esta historia no da ninguna indicación de si él llegó a enterarse de que había algo más detrás de todo aquello. La falta absoluta de ese desenlace constituye una información importante. Indica claramente que *este libro se refiere a ese tipo de desgracia sobre la cual la víctima misma no tiene ni la más remota idea del por qué ha de pasarla*.

Existe también mucho sufrimiento que se puede explicar bastante mejor. Por ejemplo, José comprendió después por qué fue a parar a Egipto como esclavo: para salvar a su pueblo del hambre, Génesis 50:20. Cuando los discípulos de Jesús le preguntaron por qué había nacido ciego un cierto hombre, Él contestó que para que el poder de Dios se manifestara en él; sería una ilustración viva de que Jesús venía a dar luz a un mundo ciego, Juan 9:3. Además, muchas desgracias son resultado directo de la ira de Dios, Jueces 2:13,14; Romanos 1:18 y ss. Pablo señaló que, en Corinto, la profa-

nación de la Cena del Señor era la causa de muchas muertes, I Corintios 11:30. Los creyentes saben que pueden ser perseguidos a causa de su fe, Hebreos 11:36-38. Las dieciocho personas que murieron en el derrumbamiento de la torre de Siloé son otra historia. Jesús no dijo que fueran inocentes, pero dijo que no eran *peores* pecadores que otra gente. No hay explicación a la cuestión de por qué ellos sufrieron aquella desgracia y otros no, Judas 13:1-4. La Biblia habla de muchas maneras de este tema.

Pero Job no encontraba una explicación para su sufrimiento. No tenía manera de hallarla. Dios se lo envió sin ninguna explicación, y además, tampoco se podía encontrar una causa en la propia vida de Job. No otro sino Dios mismo había declarado que Satanás quería arruinar la vida de Job *sin causa*. Tampoco se puede decir que fuera una víctima de una persecución religiosa, pues no se nos dice que los sabeos y los nabateos le robaron sus propiedades porque fuera un creyente. El porqué de todo aquello que le estaba sucediendo era un enigma. Y no sabía dónde encontrar la sabiduría. Solamente Dios sabía dónde estaba.

¿Pero debemos aceptar esa sabiduría con indiferente resignación?

¿No nos queda otro remedio que inclinarnos

servilmente bajo el peso de la vida? Ese sería un mensaje empobrecedor. Y ahora viene la sorpresa: *Podemos alcanzar esa sabiduría.*

Después de haber subrayado que solamente Dios conoce el camino que conduce a la sabiduría, se nos dice, justo al final, que también para nosotros hay un sendero transitado hasta la sabiduría y la inteligencia. Atención: el temor del SEÑOR es sabiduría; apartarse del mal, eso es inteligencia verdadera. ¿Significa esto, después de todo, que se trata de sabiduría e inteligencia para nosotros? Sí, así es. Y lo uno no contradice lo otro. La sabiduría según la cual Dios puede llenar nuestra vida de adversidad, sigue siendo un secreto suyo. Pero, por otra parte, Él también pone esa sabiduría a nuestro alcance. ¿Cómo hace eso? *No por permitirnos que penetremos en sus pensamientos.* No por una transferencia de Su sabiduría a nuestro cerebro, de modo que lo entendamos todo. ¿Qué capacidad nos creemos que tenemos? Dios no revela Su sabiduría en el sentido pleno de la palabra. Eso es imposible. Nuestros pensamientos no pueden abarcar Sus pensamientos. Pero Él pone *el mango* de su sabiduría a nuestro alcance, de modo que lo podamos asir. ¿Qué significa eso? Podemos emplear una ilustración: Una oveja camina tranquilamente tras su pastor, adentrándose por un barranco tenebroso. *Acepta su dirección con confianza.* Pero su limitado cere-

bro de oveja no puede comprender por qué tiene que pasar por ese peligroso paso. En un sentido no sigue a su guía, y en otro sentido, sí.

Esto puede parecer tonto, pero así es la sabiduría, pues ese animal se rinde a la sabiduría de su pastor. Sabe que aquel intrincado camino conduce hasta el agua, el pasto y el descanso. Sería muy posible que una oveja obstinada, que se aparta del rebaño, encontrara un buen lugar para hartarse, mientras el resto del rebaño, cansado y hambriento, sigue avanzando por el quebrado terreno. Pero la oveja solitaria se encuentra en peligro, mientras que el resto del rebaño tiene todo lo necesario, pues lo más importante no es que tengamos que atravesar un paraje impenetrable, sino *¡que el PASTOR esté con nosotros!* Entonces no tendremos miedo, aunque andemos por el valle de sombra de muerte, Salmo 23:4, Es mejor estar allí con el pastor, que sin Él en el más hermoso jardín. Por eso atenderemos a su voz y le seguiremos con plena confianza; y entonces seremos sabios.

Todavía nos queda mucho por hacer. El texto dice que la sabiduría que se nos demanda se encuentra en "el temor del SEÑOR" (reverencia al SEÑOR), y en "apartarse del mal", 28:28. Esto es lo que se nos pide. Equivale simplemente a respetar la voz del Pastor y seguirle con plena confianza. Eso es la sabiduría. Ésta no consiste en intentar averiguar qué es la sabiduría de Dios, sino que

consiste en aferrarse al asidero que Dios mismo nos da. ¿Cómo? Atendiendo a Su voz y apartándonos del mal.

Las dos expresiones con las que se describe la sabiduría son prácticamente las mismas que encontramos en el testimonio de Job en sus años buenos: temor de Dios y separación del mal. Eso no es una casualidad. De esta manera, Dios declara que Él no espera esta conducta solamente en las épocas de aflicción, sino siempre. El secreto de la verdadera sabiduría se encuentra en un respeto infinito al SEÑOR en todas las circunstancias, y en abandonar el mal. En resumen, en una confianza absoluta en Dios; en lo que ha dicho en Su Palabra, y en lo que hace hoy con nosotros. Esa es *nuestra* sabiduría.

X.

El mensaje de Eliú.

(Job 33:19-30)

Cuando Job y sus amigos ya nada tenían que decirse, un nuevo interlocutor se presentó: Eliú. No se le llama amigo de Job, pero fue el que más le ayudó. Probablemente, siguió con gran interés la emocional discusión, ya que hace un juicio muy ponderado de ambas partes. Así pues, su contribución es importante. En total, hizo cuatro discursos, y el núcleo de ellos se encuentra en el capítulo 33 del libro de Job. Lo que dijo era algo que no había sido tratado hasta ese momento ni por Job ni por sus amigos. Eliú aportó luz sobre la cuestión que cada vez era más urgente: ¿Se encarga Dios de enviar las desgracias, y al mismo tiempo, está con la víctima? ¿Podemos esperar su ayuda en las adversidades que Él nos manda?

Eliú tenía su propio punto de vista

Eliú tenía algo nuevo que decir, pues, de lo contrario, habría permanecido callado. Se disculpó extensamente por hacer una contribución a la discusión después de que ya todo estaba dicho. Sin embargo, pidió expresamente atención para lo que tenía que decir, aun a pesar de que ya tantas cosas se habían dicho. No había hablado antes porque pensó: que las personas mayores hablen primero. Pero cuando ya habían consumido su turno, Eliú, que evidentemente era mucho más joven, no pudo refrenarse de decir: "No son los sabios los de mucha edad", 32:9. Quien así comienza ha de estar seguro de la importancia de sus palabras. En cualquier caso, en seguida se puso de manifiesto que la opinión de Eliú difería completamente de la de los tres amigos de Job. También difería de la de Job. No estaba de acuerdo con nadie.

Eliú había escuchado los interminables argumentos de Elifaz, Bildad y Zofar con creciente indignación. Estos dejaron de responder a Job "por cuanto él era justo a sus propios ojos", 32:1. Sus últimas palabras habían cerrado la puerta: Job se atrevía a presentarse ante Dios como un príncipe. Estaba totalmente seguro de que tenía razón, 31:37. Era por su culpa, y no por ellos, que la conversación había concluido. Era Job quien se negaba a admitir su culpa.

Eliú no estaba de acuerdo con ellos y les dijo que eran culpables, pues Job, a pesar de estar dolorosamente conmovido, había rechazado sus infundadas acusaciones. Ellos habían sido incapaces de responderle, y, a pesar de ello, continuaron diciendo que era culpable. Por eso, Eliú estaba irritado, 32:3. Pero esto no quería decir que estuviera de parte de Job, pues también se enfadó con él porque rehusaba admitir que había pecado y que Dios tenía una justa causa para castigarle, 32:2.

La posición de Eliú no era cómoda. Resulta cada vez más interesante conocer su punto de vista. Él estaba impaciente por hacer sus comentarios y su crítica. Estaba "lleno de palabras" y quería hablar para poder "respirar", 32:18, 20.

La persona que adopta esa actitud no puede evitar dar la impresión de que es un sabelotodo. No es de extrañar, por ello, que muchos comentaristas bíblicos le hayan dado a Eliú muy mala prensa. Alguien le llamó 'rabino engreído con poco que decir'; repetidor de lo que otros han dicho y de verborrea irritante. La observación que hizo de que la edad por sí sola no hace sabios (32:9), no le dio muy buena reputación. Pero no juzguemos el carácter de Eliú. No es esa nuestra tarea. Su actitud hacia Job fue agradable en comparación con la de los amigos. Se puso al lado de Job cuando vino a decir: 'Mira, yo soy el que estabas esperando; el que está entre

ti y Dios, y que es representante suyo y también tuyo. No me tengas miedo. No soy un personaje famoso para poner nervioso a cualquiera, y asustarle. Yo también soy de barro, 33:6,7. ¿Quién soy yo para presionarte?' Aquella era una buena manera de hacer que Job se sintiera a gusto. Con personas así, uno se atreve a dar confianza. Eliú no se puso en un pedestal. No obstante, su posición era de firmeza; incluso ante personas que eran mayores que él. ¿Era por ello un sabelotodo? No hay que olvidar que se habían dicho muchas cosas y que los sentimientos estaban muy tensos. Pero, además, ¡la justicia de Dios estaba en juego! Y por ambas partes se habían dicho cosas que Eliú quería refutar. Es por eso que hay que considerar positivamente sus palabras. De hecho, el SEÑOR expresó su profunda desaprobación de Elifaz, Bildad y Zofar, pero no de Eliú. ¿Qué es lo que tenía que decir?

¡Dejadle en libertad!

Lo que Eliú dijo no es tan fácil de entender. El núcleo de su mensaje lo presentó como una historia que se refería a alguien que sufría una enfermedad mortal. Sin embargo, esta historia tiene un final milagroso y feliz. Es la historia de cualquier hombre salvado por Dios. Eliú lo comparó a alguien

que sufre una grave enfermedad. La salud le falla rápidamente. Se pone malo sólo de pensar en la comida. Su carne se descompone. Se le pueden ver las costillas. ¡Se está muriendo! Pero entonces, contra toda expectativa, se produce un cambio. Lo que nadie esperaba, ni siquiera el propio enfermo, eso sucede: se recupera completamente sin sufrir ninguna secuela permanente, y, al final, se llega a encontrar mejor que cuando era más joven. Podía cantar de nuevo. ¿Cuál fue la causa de esto?

El secreto de su recuperación hay que encontrarlo en 33:23,24. Ahí se encuentra la explicación, pues antes de eso se estaba muriendo, y después de esos textos ya le encontramos con salud. Esos versículos nos explican el secreto de su repentino restablecimiento. De pronto resuena la sorprendente orden de la misma boca de Dios: *¡Dejadle en libertad! ¡No le hagáis morir!* Esa fue la causa del cambio. En lugar de un funeral, leemos la historia festiva de alguien que se sintió con mejor salud que en su juventud, vs. 25; que fue recibido por Dios con gozo, vs. 26; y que vivió en la luz de los vivos, vs. 30. Ese fue el final de un hombre que estaba condenado a muerte.

El rescate

¿En base a qué dio Dios la orden de dejarle en

libertad? ¿Por qué no había de morir este enfermo? ¿Qué había sucedido para que Dios interviniera de manera tan inesperada? Dios mismo ofrece la explicación: *Recibí el rescate*. Por eso salvó a un hombre que sufría terriblemente y que ya se estaba deslizando hacia la muerte. ¿Cuál fue el efecto de este rescate? Sirvió para cubrir su culpa a ojos de Dios. ¿Y luego? Después de eso no habría poder que tuviera el derecho de precipitarle en la condenación. Por eso Dios dijo: ¡Dejadle libre!

Este mensaje estaba destinado a Job, ante todo. Él se sentía rodeado por la desgracia, la miseria y la incompreensión. Tenía la impresión de que Dios ya no estaba a su lado y de que le trataba como a un enemigo. Se sentía indescriptiblemente solo. A Eliú le fue permitido romper esa situación. Job estaba en una situación deplorable, pero pudo escuchar las buenas nuevas de que Dios había recibido un rescate por él también, con la consecuencia directa de que su vida ya no terminaría en el sepulcro para siempre. Estaba *libre* de eso. A través de Eliú lo estaba oyendo de la propia boca de Dios. Así pues, Dios no estaba *contra él*, sino *con él*. Era la primera vez que alguien le decía con generosidad: el SEÑOR está completamente a tu lado. Teniendo en cuenta las palabras frías que había oído de sus amigos y de su mujer, esto tuvo que emocionarlo profundamente al pobre hombre.

Uno entre mil

¿Quién pagó el rescate? El ángel de la historia de Eliú, que había visitado al hombre enfermo para ayudarlo. No se trataba de un ángel cualquiera, sino *de uno entre mil*. Además, Eliú dijo que se trataba de un intercesor, de un defensor de los desvalidos. En este ángel ya podemos ver la figura de Jesucristo. Él es aquel ángel, el uno entre mil, el mediador que pagaría el rescate. Así lo hizo en la cruz cuando exclamó: ¡Consumado es! Entonces dio —para citar sus propias palabras— su vida en rescate por muchos, Mateo 20:28.

Era tan cierto que aquello iba a ocurrir, que Dios le dijo a Eliú: *He recibido* el rescate. Así se lo dijo Dios al ángel. Le encomendó a éste la tarea de salvar al hombre mortal, de modo que aquí vemos cómo Cristo recibió la encomienda para librar, con su sacrificio, al hombre que estaba destinado a la condenación.

Eliú no podía expresar las cosas con la claridad que nosotros podemos hacerlo hoy. Ello no se debe a una forma vaga de pensar o de articular las ideas, sino al hecho de que todavía nos encontramos en el Antiguo Testamento, y posiblemente al principio del mismo. El evangelio del rescate sólo se conocía de una manera velada, y Eliú no lo podía explicar con más claridad de la que Dios le había dado. Es posible que él mismo se preguntara acerca

del profundo significado de aquellas palabras (véase I Pedro 1:11). Pero su mensaje se ilumina bajo la luz que el Nuevo Testamento proyecta sobre ellas, al igual que un diamante empieza a brillar cuando una luz adecuada cae sobre él.

El provecho del mensaje de Eliú

La aportación que Eliú hizo sobre el tema del rescate contenía grandes nuevas. El hecho de que provenía de los mismos labios de Dios la hacía incluso más fiable y más gozosa. Los amigos de Job ni siquiera habían pronunciado una palabra acerca de una reconciliación por medio de un rescate que había de pagar uno entre mil. Según ellos, había una forma más barata: Si una persona hacía honestamente todo lo que podía, entonces Dios estaba obligado a darle prosperidad. Pero también Job empezó a apelar a su propia rectitud, aun con mayor vehemencia que sus amigos. Incluso la apelación que anteriormente hizo a su Redentor intentaba probar que tenía razón. No le oímos decir que su Redentor tendría que pagar un rescate por sus pecados, lo cual indica que esa cuestión la tenía olvidada.

Eliú destruyó tanto las consideraciones de Job como las de sus amigos. Él vino con el puro evangelio de la gracia, y, al hacerlo, le hizo un gran favor

a Job, pues le dio un gran argumento para no maldecir a Dios nunca. No olvidemos que eso era lo que Satanás estaba esperando. Eliú se dio cuenta del inminente peligro de que Job abandonara a Dios, y, con tacto pastoral, le convenció de que Dios estaba de su lado. Hasta nuestros días, Dios dirige toda nuestra atención al rescate, y lo hace por medio de la predicación, del bautismo y de la Santa Cena. Nos deja oír, gustar, tocar y ver de qué manera pagó Cristo nuestro rescate.

Por eso le oímos decir: ¡Déjalos libres! Y entonces quedamos libres, de inmediato. Nuestra vida está arruinada, y en medio de esas ruinas no queda ninguna esperanza. Pero desde esas mismas ruinas se da el hecho de nuestra liberación, pues Jesús dijo: "El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, *mas ha pasado de muerte a vida.*", Juan 5:24. Quizá en este momento todo se está haciendo más tenebroso. Tal vez hayamos sufrido una pérdida irreparable o estemos confinados para siempre en una silla de ruedas. No sabemos qué hacer. Pero la *realidad* es que hemos pasado de las tinieblas a la luz. A pesar de todo lo que estamos pasando, no se nos puede sustraer de la gloria del poder liberador de Dios. Podemos decirlo con más fuerza aún: aunque todo esté *contra* nosotros, al fin todo obrará para nuestro bien. Dios ha dicho: ¡Déjalos libres! En tonces, ¿quién o qué podrá atarnos? ¿Enferme-

dad, soledad, lamentación o tristeza? Es posible que nos destrocen el corazón, y, con frecuencia, no podemos explicar por qué suceden. Pero el rescate que se ha pagado quiere decir que cambia totalmente la naturaleza, aun del más terrible sufrimiento. ¿Qué es lo que ocurre? El aguijón mortal ha sido removido. La adversidad ya no nos puede hundir. Ni siquiera puede dañarnos, pues ha de volverse en bien, y, aunque no podamos entenderlo así, lo cierto es que obra en beneficio nuestro. Por ello, podemos consolarnos. De ahora en adelante, será una de estas dos cosas: O Dios alejará de nosotros la adversidad, o la convertirá en algo bueno. Y así siempre irá bien.

XI.

Respuesta del Señor y reacción de Job.

(Job 38 - 42:6)

La última cosa que le oímos decir a Job en este libro es: "Por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza.", Job 42:6. De esta manera, revocó todas sus críticas contra la dirección de Dios. En adelante, la aceptaba como sabia y buena. Esto causa asombro. Lo entenderíamos mejor si en aquel momento Dios hubiera introducido un cambio en su situación; o incluso mejor si le hubiera explicado a Job en detalle por qué había sucedido todo aquello. Pero no hubo nada de eso. Su desgracia seguía igual. Al igual que otros, él había clamado a Dios pidiendo que todo cambiara, pero no tenía ni una sola promesa de que las cosas le irían me-

jor el día de mañana. O sea, Dios no le había dado ni la más ligera pista para resolver el enigma de su sufrimiento. Por lo tanto, todo lo que había dado lugar a sus reproches continuaba inalterado. Por eso, nos preguntamos qué es lo que le incitó a revocar tan generosamente sus reproches contra Dios, y a aceptar con obediencia el sufrimiento que venía de Su mano.

La primera respuesta de Dios

Debió de ser un momento muy emocionante para Job cuando Dios le empezó a hablar. Sus más amargas acusaciones y quejas se apilaban ante el trono de Dios, pero desde el cielo no parecía haber reacción alguna, hasta que el viento empezó a soplar y se desató la tormenta. Dios estaba a punto de romper Su silencio y explicar Sus propósitos.

Dios llamó a Job porque quería escucharle. Se le dio una oportunidad única en la vida para defender sus ideas acerca de lo que es una dirección justa. Él estaba convencido de que Dios no le había hecho un juicio justo. En su imaginación ya se veía entrando en la corte celestial, cierto y seguro de obtener un veredicto favorable: "Yo le contaría el número de mis pasos, y como príncipe me presentaría ante él", Job 31:37. Pero cuando llegó

el momento decisivo, toda su arrogancia se derrumbó. No hizo ninguna de sus altaneras preguntas. Nunca se atrevió. Y no fue él, sino el Señor, quien se presentó con duras acusaciones. Dios acusó a Job de poner en duda su dirección divina con palabras de *ignorancia*. Por eso se le dice que se prepare para una confrontación, 38:3. Podríamos decirle: mejor sería que estuvieras listo.

Las cosas fueron muy diferentes de lo que él había esperado. Nos habría parecido natural por parte del Señor que se le hubiera dicho, finalmente, a Job el propósito de todo aquello. En pocos minutos, lo habría entendido. Entonces se habría enterado del *porqué* de todos aquellos horrores que le habían acontecido. Con esto no habría desaparecido su sufrimiento, pero al menos habría desaparecido lo absurdo de su situación, que era lo que tanto le desesperaba. El SEÑOR parecía un Dios arbitrario que no se preocupaba en absoluto por su dolor. Pues bien, el SEÑOR no tuvo a bien explicarle en detalle por qué las cosas habían sucedido así. Siguió un camino completamente distinto.

Job, ¿dónde estabas cuando yo ponía los fundamentos de la tierra? ¿Qué estabas haciendo cuando el mar se derramaba? ¿Quién le puso barrera con playas y rocas a ese monstruo embravecido? Otra pregunta similar: el alba aparece. ¿Qué sucede? Todos los ladrones nocturnos se esconden. Al le-

vantarse el sol, el campo es como un mantel que se recoge por las cuatro puntas y se sacude. Y del mismo modo que las migas del mantel caen, así se desvanecen las criaturas de la noche. ¿Le has ordenado alguna vez a un nuevo día que aparezca? ¿O puedes tú detener las estrellas o atar los lazos de las Pléyades o de Orión? También le hizo una serie de preguntas sobre el reino animal: ¿Cubriste tú el cuello del caballo con crines ondulantes? ¿Se remonta el águila por tu mandamiento y pone en alto su nido, Job? ¿Puedes? ¿Puedes? ¿Sabes? ¿Sabes? No, no, una y otra vez el examinando no podía escaparse de esa respuesta: No lo sé, y no puedo hacerlo.

¿Y qué tiene todo esto que ver con los problemas de Job? El SEÑOR quería que se diera plena cuenta de dos cosas: Su divino *poder* es inmensamente grande, y Su *sabiduría* es insondable. Sobre todo, esta última. Por eso, Dios le hizo pensar en el reino animal: porque es un campo muy instructivo de Su infinita sabiduría. Está lleno de secretos que el hombre nunca comprenderá. Incluso con referencia a nuestros animales domésticos. El gato se acomoda confiado en nuestro regazo y se siente a gusto con nosotros. El perro es el mejor amigo del hombre. Pero ni siquiera el más grande enamorado de los animales puede sondear lo que hay en su mente. Son impenetrables. Pero hay muchas más cosas que no se pueden explicar. Dios

utiliza al avestruz como modelo. No deposita sus huevos en un nido seguro sino en tierra, para que se calienten sobre la arena, aunque cualquiera puede aplastarlos. Ignora a sus crías como si no fueran suyas propias, pues Dios le ha privado de sabiduría, 39:17. Sin embargo, por otra parte, el avestruz se levanta y corre a más de 50 km. por hora, adelantando al más rápido caballo, de modo que el avestruz no es como el resto de las aves. ¿Puede Job explicar su conducta?

La primera reacción de Job, 39:36-38

Cada pregunta le empujaba. La misteriosa presencia de Dios en la creación estaba más allá de su comprensión. Ahora se daba cuenta de lo poco que entendía del orden que existe en la naturaleza. Y, a pesar de ello, había actuado como si fuera más sabio que Dios. Sin duda se asustó cuando el SEÑOR, poco después, le tachó de crítico y acusador. No obstante, cuando se le retó a discutir con Dios, se tapó la boca con la mano y guardó silencio. Había condenado a Dios más de una vez, y no quería volverlo a hacer. Pero, ¿estaba el Señor satisfecho con esto? ¿Quiere Él que soportemos el sufrimiento con los labios apretados? ¿Resignados y fatalistas? En ninguna manera. Por lo tanto, consideró que la respuesta de Job era

demasiado débil. Job ya no se atrevía a decir nada malo de la dirección de Dios, pero seguía teniendo sus propias ideas. Esa es la actitud servil de quienes viven bajo la opresión de un tirano. Pero el SEÑOR no quiere relacionarse con nosotros de ese modo. Por fortuna, no. No quiere que nos dobleguemos ante Su voluntad con una resignación apática. Él insiste en que *le amemos* de todo corazón y *confiemos* en Él, en todas las circunstancias, aun en el mayor dolor. No quiere ninguna otra clase de contacto. Por eso no se dio por satisfecho hasta que las últimas sospechas se habían desvanecido del último rincón del corazón de Job. Dios quiere un pueblo que confíe en Él plenamente, incluso desde su incomprensible miseria. Esa es la razón de que le dijera a Job, por segunda vez, que se levantara como un hombre y que se ciñera como para una batalla, 40:2. Por ello, tuvo que armarse de valor por segunda vez.

La segunda respuesta de Dios

El SEÑOR conocía el deseo que Job ¡todavía! tenía en su corazón. Éste prefería guardar silencio sobre ello; olvidarlo. Pero el SEÑOR no quería olvidar nada. Sabía exactamente lo que Job quería, dar rienda suelta a su cólera y destruir a todos los impíos. De un solo golpe, quería ajustarles las cuentas

a todos los criminales de la tierra. De momento todo era un caos, pero él pensaba poner las cosas en orden. Sólo le tenían que dar una oportunidad. Él pondría fin a todos los misterios del sufrimiento, y el resultado final de su gran limpieza sería un mundo lleno de derecho y justicia. Todos recibirían, finalmente, su merecido. Los criminales serían castigados, y los creyentes sinceros gozarían de prosperidad. Ese era su sueño. ¿Y a Dios le parecía bien este plan? ¡La verdad es que no!

En realidad, cuando Dios habló lo hizo con ironía: "Y yo también te confesaré que podrá salvarte tu diestra", 40 :14. Sería el mundo al revés. Imaginemos al Creador omnipotente de cielos y tierra viniendo a rendir homenaje a Job porque éste hubiera puesto orden en Su mundo. Lo que Dios no habría logrado, Job lo habría conseguido: arreglar todo lo que estaba mal en la sociedad. ¡Realmente era un pensamiento absurdo! Como si Dios fuera un aprendiz del hombre. Pero, al hablar de este modo, Dios quería convencer a Job de la necedad del sueño que tanto acariciaba.

Podemos molestarnos fácilmente cuando Dios actúa de esta manera. "¿Tienes tú un brazo como el de Dios? ¿Y truenas con voz como la suya?", 40:9. Eso es lo que Dios dijo, así como también interrogó a Job si poseía la gloria y la majestad necesarias para realizar su soñada reforma del mundo. Por supuesto, aquel hombre, mortalmente enfermo

carecía de todo para mejorar el mundo según sus gustos. Pero, ¿significaba esto que estaba equivocado? ¡Claro que lo estaba! ¿Quién se creía Job que era él? Para poner las cosas bien, necesitaba como mínimo un brazo que alcanzara a todos, y una voz que llegara hasta las estrellas. Pero su brazo era lamentablemente corto, y su voz desesperadamente débil. Ni siquiera entendía nada de la conducta de los animales. Tropezaba en todos los misterios de la creación. ¿Cómo se atrevía aquel hombre insignificante y pequeño a criticar la dirección de Dios?

El hipopótamo y el cocodrilo

Una vez más, Dios puso Su poder y sabiduría frente a la impotencia y la ignorancia de Job. Para ello, como colofón, recurrió a la ilustración del cocodrilo y el hipopótamo—dos monstruos incomprensibles. Fijémonos en el hipopótamo, parado como una roca en medio de las turbulentas aguas. No se moverá por nada ni nadie. Nadie se le debe acercar para acariciarlo. Lo mismo se puede decir del inabordable cocodrilo. No se puede jugar con él como si fuera un pajarito. Todos se mantienen a distancia. Nadie se siente a gusto con estos animales; pertenecen a un mundo diferente. ¿Quién sabe lo que hay en su mente?

Y si nadie puede entender a estos monstruos,

ni capturarlos a mano, ¿cómo se ha de ser capaz de comprender y de criticar al Hacedor de esas misteriosas criaturas? Con estas lecciones de la naturaleza, Dios puso al descubierto que toda crítica humana no es sino un mezquino orgullo. Parece duro, pero es así. Ese orgullo impidió a Job creer que lo que Dios le estaba haciendo era bueno y sensato. Y el SEÑOR quería que él, y nosotros, llegáramos a esa conclusión.

El arrepentimiento de Job

En las palabras finales de Job se pueden oír todavía algunas frases de las acusaciones de Dios, 42:1-6. Nosotros también hacemos lo mismo a veces. Si las palabras de alguien nos han afectado profundamente, las repetimos en voz alta de nuevo. En el caso de Job, Dios le dijo: ¿Por qué usas tu ignorancia para negar mi providencia?, 38:2. Eso es lo que Job había hecho. Sin ser un experto, había condenado la dirección de Dios. ¡Qué atrevimiento! Pero ahora lo reconocía: Hablé de cosas que me eran desconocidas; porque ¿qué sabía yo del movimiento de las estrellas, o de la vida del avestruz, del hipopótamo o del cocodrilo? Si no entendía otros mundos, ¿cómo podía saber mejor que Dios la manera de arreglar las cosas en éste? Ahora lo veía claro. La siguiente declaración de Dios también le

daba vueltas en la cabeza: te voy a hacer algunas preguntas y tú me has de contestar, 38:3. Sin duda, se había comportado como si el SEÑOR pudiera aprender algo de él. Estaba profundamente avergonzado y se arrepentía de todas sus críticas. Desde ese momento, halló descanso en Dios. Pero, ¿cómo era eso posible cuando sus llagas todavía estaban abiertas? Las perspectivas todavía eran sombrías, y Dios aún no había dado una explicación de sus acciones. En ese sentido, su encuentro con Él no le había aclarado nada. Todo seguía igual que antes. Entonces, ¿cuál era la diferencia entre antes y ahora? El propio Job lo dijo así: *"De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven"*, 42:5.

Podemos imaginarnos lo que Job quería decir. A veces, conocemos a una persona indirectamente. En el transcurso de los años adquirimos una imagen vívida de esa persona. Incluso puede ser que nos haya ayudado. Pero nunca la hemos llegado a ver con nuestros propios ojos; hasta que un día llama a nuestra puerta y repentinamente se presenta ante nosotros. Le damos la mano y nos miramos cara a cara. Aquel conocimiento indirecto se hace ahora real y directo. Esto es lo que Job había experimentado con Dios. Había oído hablar mucho de Él. Le amaba y le servía sinceramente. Pero nunca le había conocido tan directamente, y ello fue una extraordinaria experiencia. No es que todos los misterios se hubieran resuelto. El SEÑOR

ni siquiera suscitó el tema de Su dirección en la vida de Job. Ni una palabra. Sin embargo, no se había desviado de Su camino para evitar la cuestión. Por el contrario, se refirió a los muchos secretos de la creación, incluyendo al hipopótamo y al cocodrilo, para convencerle de Su omnipotencia y sabiduría. Podríamos decir que Dios habló "del tiempo"; pero esa era la manera que Él tenía de hacer que un corazón rebelde recuperara la confianza en Su dirección. Job no tenía que aprender a comprender, sino a creer.

XII.

El juicio final de Dios sobre los amigos de Job

(Job 42:7-9)

Lo más chocante de esta historia es que la ira de Dios se volvió contra los tres notables defensores de Su dirección. Por lo visto, puede darse este caso: gente que defendía a Dios pero que, a pesar de ello, resultó condenada. ¿Cómo fue eso posible?

Dios distinguió entre Job y sus amigos

Elifaz debió asustarse cuando Dios le dijo con toda claridad que él y sus amigos no habían teni-

do "razón" en lo que habían hablado de Él. Sin embargo, Job sí. Esto debió ser como un rayo que cae del cielo, y más aún si se considera que Job, a sus ojos un hombre culpable, recibía un juicio favorable. El SEÑOR había esperado a que los tres acabaran para dar su estremecedor veredicto. Esto tardó bastante tiempo. En ningún lugar de la Biblia se concede la palabra tanto tiempo a personas engreídas. Tienen nueve capítulos ininterrumpidos para explicar lo adecuado de los castigos de Dios por los pecados de Job. El hecho de que Dios rechace su punto de vista no debería extrañarnos. Lo que nos ha de extrañar es otra cosa.

En primer lugar, está el hecho de que ocurriera de manera tan radical. Añádase a eso el clima de indignación. No hay ni una palabra suave. A pesar de que los amigos de Job tenían buenas intenciones, la ira de Dios se encendió contra ellos. Casi estuvo a punto de destruirlos.

Pero ¿qué fue lo que provocó su ira? ¿Quizá el fallo de los amigos por no hablar bien de Job? Sin duda le trataron mal, y pronto tendrían que reconocerlo. Pero el SEÑOR no pensó que aquello era el verdadero mal. Si así fuera, al condenar a Job, sólo habrían tomado un mal camino para defender una causa justa —la protección del nombre de Dios. Entonces Dios podría haberle dicho a Elifaz: 'Agradezco tu defensa de mi dirección, pero lo has hecho de manera equivocada, en perjuicio de Job.'

Pero el juicio de Dios fue mucho más duro: 'Te has equivocado en lo que has dicho de *Mí*.' Al decir 'te has equivocado' significaba 'no fiable'. Lo que dijeron sobre Él no era verdad. No hay duda de que sus motivos habían sido honorables, y eso era algo positivo. También habían dicho cosas buenas de Él. Por ejemplo, siglos más tarde Pablo citaría las palabras de Elifaz diciendo que Dios "prende a los sabios en la astucia de ellos" I Co. 3:19. De modo que no es cierto que estuvieran tejiendo una falsedad tras otra. Pero el SEÑOR no se veía reflejado en la *línea* de sus argumentos. La gente puede hablar de Dios de manera muy seria, e incluso pueden decir unas cuantas cosas verdaderas acerca de Él, pero Su juicio es: Yo no soy así.

Cuando visitamos a alguien que ha sufrido un duro golpe, debemos tener esto en cuenta. Mucha gente intenta explicar por qué Dios ha hecho eso. Otros dicen que la mano de Dios no puede estar en esa desgracia. Pero Dios siempre escucha atentamente. Podríamos decir que afina el oído para enterarse de lo que estamos diciendo acerca de Su papel en el sufrimiento. Por lo tanto, tenemos que fijarnos bien en lo que decimos, pues pobres de nosotros si hablamos de Dios guiados por nuestros pensamientos habituales. Esto es lo que habían hecho los amigos.

Lo más duro para ellos fue el hecho de que Dios dijera varias veces que Job había hablado correc-

tamente de Él, 42:7,8. Pero ¿cuándo ocurrió eso? Algunos comentaristas bíblicos señalan lo que Job dijo después de su arrepentimiento en 42:1-6. Su argumento es que sólo entonces empezó Job a hablar 'bien' de Dios. Pero esta exégesis no nos convence, porque Dios *contrastó* el discurso de Job con el de sus amigos. Comparó la manera en que él habló de Dios con la de ellos. Así pues, es evidente que hemos de pensar en la discusión general en la que Job habló bien de Dios y los amigos no. Con cierta sorpresa nos preguntamos por qué Dios pronunció un veredicto tan positivo sobre Job, ya que, según el propio Dios, Job había hablado "palabras sin sabiduría" 38:2. Creemos que el SEÑOR quería decir lo siguiente: tanto Job como sus amigos creían en Dios. En ese sentido no había gran diferencia entre ellos. Sin embargo, no estaban en la misma onda en cuanto a su manera de hablar del SEÑOR. Los amigos habían moldeado a Dios como una idea que encajaba en su propia lógica. Esto se puede observar incluso en la forma de relacionarse con Él. Siempre hablaban *acerca* de Dios. Era un Dios distante, como si no tuvieran ningún lazo real con Él.

Pero Job tenía una relación con Dios. Mientras contestaba a sus amigos, buscaba refugio en el SEÑOR, 7:21; 10:2; 13:24, etc. Es verdad que pronunció palabras descuidadas. ¡Eso estaba mal! *Pero se mantuvo junto al Dios vivo*. Nunca maldijo a Dios, como Satanás pretendía; ni tampoco se refugió en

una noción de Dios adaptada a su gusto. Admitió sus problemas. No intentó disfrazar sus críticas, sino que con todas sus preguntas y reproches se echaba una y otra vez en los brazos de su Dios. Es en ese sentido que el Señor decía que Job había hablado bien de Él.

Tomemos muy en cuenta este aviso para no moldear a Dios en una imagen adaptada a nuestras ideas de la justicia. ¡Nunca hagamos eso! Solamente nos da una solución aparente, y el Dios vivo se siente ofendido por ello. Con frecuencia, hay muchas preguntas que no tienen respuesta, pero eso es preferible que contestarlas con la ayuda de nuestras cavilaciones. Por ello, Dios estimó que Job había hablado correctamente de Él, mientras que sus amigos no; porque aunque Job se pasó de la raya más de una vez, no se había hundido en sus propias ideas acerca de Dios. Nos gustaría resumirlo del siguiente modo: Job tropezó peligrosamente en la confianza en sí mismo, pero eso le sucedió en el camino de la fe, y ello fue su salvación. Es preferible *tropezar* de forma *adecuada* (como Job), que marchar con atrevimiento en una dirección elegida por uno mismo (como sus amigos). Porque quien resbala, con todos sus problemas, en el camino de la fe, no está perdido, sino que será recogido por Dios.

Los amigos salvados

No era frecuente que las personas que hablaban incorrectamente de Dios lo supieran directamente por Él mismo. Los tres amigos habían estado absolutamente convencidos de lo correcto de su manera de pensar. Eran una piña. Su sistema funcionaba perfectamente, excepto en el hecho de que Job no había querido admitir su culpa. Aquel era el único problema en su bien elaborado esquema. Se habían esforzado en eliminar aquel problema, pero habían fracasado. Tan pronto como Job tomaba la palabra, suscitaba de nuevo la cuestión clamando que él era un justo. Pero de acuerdo con la lógica de ellos, aquello era imposible. Ni Job ni Eliú (el cuarto personaje) habían conseguido hacerles dudar. Así sucede siempre. Los que están equivocados siempre están convencidos de su razón. Cuando se les hace ver los problemas que su punto de vista plantea, reaccionan de forma defensiva e irritada. Pero estos tres no se iban a librar. Dios le dijo a Elifaz que sus discursos habían sido desechados. La ira de Dios se había encendido y estaba a punto de "destruirlos". La gravedad de la situación se deja ver por el enorme *holocausto* que Dios les demanda: catorce animales; siete becerros y siete carneros debían ser quemados sobre el altar. Dios empujó a los amigos de Job hasta el asfixiante humo de la carne quemada. Pero aquel

no era, ni de lejos, el precio real. Aquel múltiple sacrificio era solamente un símbolo sangriento del más grande sacrificio de todos los tiempos. En última instancia, sólo Cristo podía pagar la deuda contraída. De aquella manera, el SEÑOR grabó profundamente en su conciencia la gravedad de su pecado.

Además de esto, Job tenía que *orar* por ellos. Pero ellos se lo tenían que pedir. Eso no era poca cosa. Tenían que confesar abiertamente que estaban equivocados; y tenían que reconocer también que no habían sido ellos, sino Job, quien había hablado correctamente de Dios. Afortunadamente así lo hicieron. Y afortunadamente Job les perdonó todo, pues de otro modo no hubiera podido interceder por ellos. Por eso nos encontramos a Job entremezclado con los animales del sacrificio. La ira de Dios había descendido sobre el ardiente holocausto: el humo, y el olor de lo quemado. Un lugar horrible. Y el propio Job —¡todavía enfermo y desgraciado!— oró allí por ellos.

El SEÑOR le escuchó. Los amigos no fueron castigados. La gracia de Dios triunfó. Inclinaron su dura cabeza llena de lógica humana, y ello indica que se arrepintieron de su falsa teología y que le dieron a Dios el honor que se merece. No habían hecho nada de esto mientras intentaban dar una explicación razonable de la dirección de Dios, y, por ello, le habían *ofendido*. La consecuencia fue que Él se alejó de ellos. Cualquiera que quiera es-

tar cerca de Dios, *razonando* con su propia teología, en realidad está cavando su propia tumba. Una vez que reconocieron esto (aunque después todavía siguieron reflejando mucho de su pensamiento), su relación con Dios se hizo buena. Gracias al holocausto. Es decir, a Cristo.

XIII.

Un final feliz

(Job 42:10-17)

Y el SEÑOR restableció su prosperidad y su felicidad, 42:10. Debemos comentar esto con más detalle, porque también contiene un buen mensaje para nosotros. Es interesante observar que, hace muchos siglos, Santiago subrayó la gloriosa conclusión de esta historia para animar a los creyentes de su tiempo que vivían bajo pesadas cargas. También había una promesa para ellos en las palabras: "...habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo", Sant. 5:11. Pero, ¿qué clase de promesa? Porque ellos no eran Job, y el gran cambio que a él se le permitió experimentar no fue para

ellos. Ni tampoco para nosotros. La experiencia nos lo ha enseñado. Hay muchos sufrimientos que nunca tienen fin. Entonces, ¿por qué sigue siendo importante para todos los creyentes el feliz final de Job? Sencillamente, porque su Dios es nuestro Dios. Y porque Su amor por Job es igual de fuerte por nosotros, y porque, en realidad, tiene las mismas intenciones con todo aquel que cree en Él. Por eso, este brillante final es significativo para todos aquellos que confían en el SEÑOR. Es por eso que tiene un lugar en el evangelio, para darnos esperanza, incluso al comienzo del enésimo día malo.

Un cambio sorprendente

Job siempre esperó un cambio. Aun en sus horas más amargas, dijo: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo, y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios", 19:25-27. No obstante, nunca pensó que tantas cosas iban a cambiar durante su vida en la tierra. No se le había prometido nada semejante, y ya había asumido que tendría que morir. Pero un buen día, la fiebre y el escozor desaparecieron. Las llagas se curaron y su piel se curó. Y sucedieron muchas más cosas: sus hermanos y hermanas fueron a visitarle de nuevo; se hizo más rico que nunca, y recibió otros siete hijos y tres hijas.

El momento del cambio

¿Cuándo se produjo el cambio? Sin duda, no pudo hacerse antes de responder a la gran pregunta. Satanás había proclamado que ya nadie se podía salvar; que ya nadie amaría verdaderamente a Dios, porque incluso la fe del hombre más piadoso de la tierra no era más que una hipócrita forma de egoísmo. La gente se pondría del lado de Dios siempre y cuando ello les reportara un beneficio.

Ante todo, se tenía que responder a este mortal ataque contra la obra de salvación de Dios. Se había de contestar de manera persuasiva a aquella falsa acusación. No había duda de que Job amaba a su Dios sinceramente. Esto ya estaba demostrado por la forma en que se había relacionado con Él. Había clamado pidiendo justicia, aunque al hacerlo había traspasado, a veces, el límite del respeto. No obstante, nunca había pensado en maldecir a Dios, como Satanás afirmaba que haría. Además, en algunos momentos había hablado con el Señor, y todo indicaba su firme confianza en Dios. Pero, ¿cuándo consideró Dios que estaba definitivamente demostrado ante Satanás que Job le amaba? ¿Cuándo ocurrió?

Sin duda, *no* fue cuando, tras los primeros golpes, Job alabó el nombre del Señor con aquella declaración que se ha hecho famosa, 1:21. Tampoco fue cuando, al principio de su enfermedad,

le manifestó a su mujer su confianza en Dios, cuando ésta le provocó para que maldijera a Dios, 2:10. Tampoco cuando, en el punto más bajo de su vida, declaró: Yo sé que mi Redentor vive, 19:25. Y tampoco cuando lamentó su altanero criticismo contra Dios y dijo: "Por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y cenizas" 42:6. Ni siquiera fue cuando Dios mismo reveló a Elifaz que Job, en comparación con sus amigos, había hablado correctamente de Él. En nuestra opinión, el cambio se podía haber producido en cualquiera de aquellos momentos. Y entonces, ¿por qué no se produjo? ¿Y cuándo sucedió? *Cuando Job oró por sus amigos*, el SEÑOR restableció su salud y su prosperidad, 42:10. Muchas veces le había pedido al Señor que le aliviara, y parecía en vano. Lo notable es que Dios cambió su situación cuando Job oró por otros, y no por sí mismo. Es evidente que el SEÑOR pensó que era entonces cuando estaba plenamente demostrado ante Satanás que Job le amaba sinceramente, sin ningún motivo ulterior.

¿Y por qué le dio tanto valor el SEÑOR a esta oración intercesora? ¿Por qué pensó que era una prueba definitiva e irrefutable de que Job le servía por puro amor? Esto es difícil de entender a primera vista. ¿No fue una agradable sorpresa para Job que sus amigos llegaran a admitir que estaban equivocados? En tales casos no resulta muy difícil orar por personas así. Además, el Señor mis-

mo había designado a Job para que orara por sus amigos, lo cual era un gran honor. Todo esto es verdad, pero aun así no queda demostrado que fuera tan fácil para Job. Todavía estaba muy enfermo, y lo normal es que las personas con buena salud oren por los enfermos, y no al revés. Pero en este caso, tres hombres con buena salud vienen a suplicarle a un enfermo que ruegue al Señor por ellos. Cualquiera que haya estado muy enfermo por largo tiempo, sabe qué fácil es quedar ensimismado en sus propias preocupaciones. Se requiere mucha abnegación para seguir prestando atención a otras personas, y, sobre todo, desearles la clase de felicidad que uno no posee. Y es aún más difícil cuando la otra persona nos ha tratado despiadadamente. Job tuvo que negarse a sí mismo en favor de tales personas; y tuvo que renunciar a toda venganza por sus interminables acusaciones. No era poca cosa. Era una prueba de que estaba dispuesto a amar a su prójimo como a sí mismo. Obedeció lo que, más tarde, Jesús llamó el *segundo* mandamiento: amarás a tu *prójimo* como a ti mismo. Entonces había llegado el momento del gran cambio.

Pero todavía quedaba el *primer* mandamiento: Amarás al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón. Lo que el SEÑOR apreció, por encima de todo, fue el amor de Job por el honor de Su divino nombre. Es cierto que no tenemos un relato de aquella oración, pero no es necesario adivinar su contenido,

pues sabemos que el SEÑOR había dicho por dos veces que los tres amigos no habían hablado "bien" de Él, y estaba airado por ello. Job lo sabía, pues sus amigos se lo explicaron en detalle y le pidieron si, por favor, podría pedirle al SEÑOR que les perdonara por haber usado mal Su nombre. Job accedió plenamente a esta petición. Esto lo podemos deducir del hecho de que el SEÑOR oyó su oración: Señor, perdona lo que han hecho mal, no ya a mí, sino a Ti. Fue un gran gesto. No se quedó empantanado en su propio dolor o en el deseo de venganza. Estaba lleno de algo muy diferente: el honor de su Dios. Por ello, aquella oración de intercesión era una prueba convincente de que amaba al SEÑOR con todo su corazón. Fue un testimonio brillante de que consideraba que el daño que se le había hecho al nombre de Dios era peor que sus propios problemas. Así se tapaba la boca de Satanás para siempre, y la prueba se podía dar por terminada.

El cambio se produjo

Parecía un cuento de hadas. Nada podía salir mejor. Job con una salud excelente, fabulosamente rico, con el doble de ovejas, camellos y asnos. Con una nueva familia: siete hijos y tres hijas. No el doble sino igual que antes. ¡Es sorprendente! Por

lo visto, había que seguir contando con los hijos fallecidos. Había perdido el ganado pero no había perdido a sus hijos. Los sacrificios que regularmente había ofrecido por ellos, 1:15, sin duda con su consentimiento, habían expiado sus pecados. Ellos estaban con el SEÑOR. Pero Job recibió diez hijos más. ¿De la misma esposa? ¿O quizás ésta había muerto y él se había vuelto a casar? Todas esas preguntas no tienen importancia para comprender el mensaje. La recuperación de los bienes y la duplicación de la bendición llaman la atención.

Sin embargo, no hay que exagerar demasiado. El dolor de Job nunca desapareció completamente. Nunca recobró a sus hijos muertos, ni a sus servidores asesinados. Quedaron las cicatrices. El ayer nunca regresó del todo. Además, la nueva prosperidad no llegó de golpe. Tardó años y años.

Y, por eso, no es de extrañar que sus hermanos y hermanas, y todos sus antiguos amigos "le consolaron de todo aquel mal que Jehová había traído sobre él", 42:11. No fueron a verle con las manos vacías, sino que subrayaron su compasión con regalos de regocijo: dinero y anillos de oro, quizás como capital inicial. Pero vinieron tarde. Durante su enfermedad, Job se lamentó de que sus familiares y amigos le habían fallado, 19:13-19. Pero les perdonó, les dio la bienvenida y les invitó a comer; y así todas las relaciones se restablecieron. El SEÑOR

le añadió ciento cuarenta años de vida bienaventurada y feliz.

Enfoque sobre los bienes materiales

¿Puede decirse que el bienestar y la riqueza reciben demasiada atención? Nos vemos introducidos en el mundo maravilloso de una especie de jeque inmensamente rico, en el que se habla de rebaños gigantescos, festivales, invitados que ofrecen monedas de oro y anillos. Sus tres hijas son consideradas las mujeres más hermosas de la tierra, y también recibieron una parte de la herencia, contrariamente a las costumbres de la época, para mostrar lo rico que Job era. Tanto sus hijos como sus hijas eran un deleite para él, y toda la familia volvió a estar unida por fuertes lazos.

Muchos de nosotros nos sentiríamos algo incómodos en el entorno de este 'príncipe-ganadero'. Y, sin embargo, fue el SEÑOR mismo quien le concedió toda esta fortuna. La Escritura lo dice tres veces: el SEÑOR le restableció su fortuna y su felicidad. El SEÑOR le dio el doble de lo que tenía antes; y el SEÑOR bendijo a Job al final de su vida más que al principio, 42:10,12. Por supuesto, esto se refiere a su nueva familia, a su enorme riqueza en ganado, a las buenas relaciones con amigos y familiares, y a su buena salud. En consecuencia,

no podemos despachar esto como si se tratara solamente de una prosperidad terrenal. Era una bendición de Dios. La buena salud, una profesión fascinante, un buen círculo de amigos, una relación familiar espléndida, un matrimonio feliz, hijos sanos y una economía boyante, son todas, una a una, bendiciones de Dios. El SEÑOR sabe cómo hacer feliz a un hombre de carne y hueso, y así lo hizo, para disfrute de Job. Así termina el libro.

Pero esto comprende la promesa de que el mismo Dios también cambiará nuestra suerte en el momento señalado. Si no es en esta vida, entonces será en el más allá, de un modo mil veces más sorprendente. Entonces, todos nosotros seremos perfectamente felices. No importa que seamos viejos o jóvenes, blancos o negros, pobres o ricos, con salud o enfermizos. Los deseos de un hombre de ochenta años en un hogar de ancianos son muy diferentes de los de un muchacho de dieciocho interesado en los ordenadores. La idea de felicidad de una muchacha africana, es distinta de la de una joven blanca de Amsterdam, aunque ambas sean fieles cristianas. Y las gentes de la Edad Media tenían ideales diferentes de los nuestros. No hay fin a las muchas diferencias que hay entre la gente en cuanto a edad, talento, intereses y salud. La dichosa vida de Job, con toda su riqueza, no nos atraería a muchos de nosotros. No todos se sentirían felices entre ovejas y camellos en aquel mundo del Medio Oriente. Pero,

¿Serán todas las personas redimidas por Cristo igualmente felices en el más allá? ¿Lo seremos nosotros también? Nadie debe permitirse dudarlo. La nueva tierra de Dios contendrá gentes de todas las edades, pueblos, naciones y culturas. Habrá lugar tanto para el que fue gerente de un planta de energía atómica, como para el 'príncipe-ganadero' de los tiempos del arco y la flecha; o para una esclava de los días de Pablo, como para una mujer moderna. Los cristianos también tuvieron sus ideales a lo largo de los siglos. Pero Dios sabe exactamente cómo hacer felices a gentes de todos los países, época y caracteres. Y así lo hará. Dios limpiará toda lágrima de sus ojos, y la muerte ya no será más. Cesará todo llanto, clamor y dolor. Todo eso *desaparecerá* para siempre, (Ap. 21:4).

Y Dios mismo habitará entre ellos. Esa será su mayor felicidad, como también fue el más acariciado deseo de Job. Encontrarse con Dios, porque el cumplimiento de ese deseo es lo que hará perfectamente felices a los creyentes de todos los tiempos

Tan ricos como Job

Después de todas sus desgracias, Job disfrutó de una vida feliz. ¡En la tierra! Esto no garantiza que nosotros vayamos a disfrutar, más o menos, lo mismo. No seremos tan ricos como Job. No en

la tierra. Incluso es dudoso que nuestra situación mejore. Entonces, ¿cómo hacemos compatibles nuestras continuas desgracias con aquel hermoso final? ¿Es que la Biblia, en los días malos, pone todas nuestras esperanzas en la vida venidera?

La respuesta que Santiago da a esta pregunta en su carta es instructiva. Este apóstol animó a los creyentes, en sus durísimas circunstancias, con la perspectiva de ese final feliz: "...y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo", Santiago 5:11. ¿Cómo lo hizo? Dios no les dijo: 'Hoy estáis con las manos vacías, pero en el futuro podéis esperar una mejoría; fijaos en Job'. No se limitó a consolar a aquellos creyentes con la perspectiva de un cambio, sea en esta vida o después de ella. Su conclusión fue mucho más rica: el final feliz de Job muestra que *el SEÑOR es muy misericordioso y compasivo*. Pero esto no es aplicable solamente al último capítulo de Job, tan lleno de prosperidad. Santiago escribió que el Señor *es* muy misericordioso. Tanto durante la enfermedad de Job, como cuando éste se tuvo que enfrentar a las desgracias de su vida.

Creemos que aquí está el núcleo de ese libro de la Biblia. A pesar de todas nuestras cábalas, muchas veces no sabemos por qué nos sobreviene una desgracia. ¿Por qué en el número 20 y no en el 22 de la misma calle? Nadie puede dar una respuesta para explicarlo todo. Sabemos que el SEÑOR nos

prueba con las adversidades, pero no sabemos por qué prueba a una persona y no a otra. Hay muchas cosas que no sabemos. Pero, según Santiago, el final de la historia de Job muestra que el Señor *es* rico en misericordia y compasión. No es que se vuelva misericordioso y amoroso cuando nosotros somos pacientes. No, es que Él *es* misericordioso. Así fue durante el período amargo en la vida de Job, y así fue en el tiempo de su prosperidad. Esto sólo lo *vemos* cuando el cambio llega. A nuestro parecer, la misericordia de Dios coincide con el cambio favorable. Pero Dios *es* rico en misericordia y compasión: cada día, incluso en medio de la prueba más dura. Por eso se salvó Job, y a pesar de sus tambaleos siguió aferrado al SEÑOR.

Este es un mensaje fiable y gozoso para todos nosotros: nos acompaña la riqueza de la misericordia y la compasión de Dios, en los días alegres y en los días tristes.

¿Cómo podemos saber eso con seguridad, incluso después de Auschwitz? Lo podemos saber porque vivimos; después del *Gólgota*. Allí, el amor de Dios se personificó en Jesucristo crucificado, que descuellla por encima de todos los horrores de esta vida como un monumento incommovible.